

RUIZ DE ALARCÓN Y MENDOZA, JUAN (Ca. 1581-1639)

QUIEN MAL ANDA EN MAL ACABA

PERSONAS que hablan en ella:

Don JUAN  
ROMÁN Ramírez  
Don FÉLIX  
Don PEDRO  
TRISTÁN  
El DEMONIO  
Otro DEMONIO  
Doña ALDONZA  
LEONOR, criada  
Dos FAMILIARES  
CRIADOS  
MÚSICOS  
GENTE

ACTO PRIMERO

Sale ROMÁN, vestido humildemente

ROMÁN:  
Ni beldad ni gentileza  
igual en mi vida vi.  
Sin duda a sí misma aquí  
excedió naturaleza.  
Los miembros forma perfectos  
soberana proporción,  
y como la causa, son  
milagro en mí sus efectos,  
pues que su vista primera  
tanto en mi pecho ha podido;  
mas no fuera dios Cupido  
si igual poder no tuviera.  
Rindióme, hirióme, matóme  
de una vez. ¿Quién puede haber

que tan divino poder  
con humanas fuerzas dome?  
¿Mas quién hay que sin ventura  
se atreva a tanta beldad?  
¿Cómo tendrá mi humildad  
alas para tanta altura?

Sale TRISTÁN, de camino, dirigiéndose  
a un mozo que está dentro

TRISTÁN:  
Sacad las mulas, mancebo.

VOZ:  
¡Cuerpo de Dios con la priesa!      Dentro  
Aun no me he puesto a la mesa.

TRISTÁN:  
Caminando como y bebo  
yo, como grulla, en un pie.  
Ensillad.

ROMÁN:  
Mientras es hora  
de partir, esa señora,  
me decid, ¿quién es?

TRISTÁN:  
No sé.

ROMÁN:  
Si el oficio entre su gente  
de mayordomo ejercéis,  
por qué causa respondéis  
un "no sé" tan secamente?

TRISTÁN:  
No os espante que del eco  
guarde las leyes así;  
que si seco respondí,  
también preguntastes seco.  
¿No dijérades siquiera,  
"Hidalgo, saber quería,  
si cabe en la cortesía,  
¿Quién es esta pasajera?"  
Y no, sin haber jamás

visto a un hombre, "Esa señora,  
me decid, mientras es hora  
de partir, ¿quién es?" Demás  
que estoy con vos en pecado,  
porque os he visto comer,  
y ni vino os vi beber  
ni tocino habéis probado;  
y de hablar con vos me corro;  
que quien no come tocino  
ni vino bebe, es indino  
de hablar ni escupir en corro.

ROMÁN:

El padecer corrimientos,  
de flema y calor causados,  
hace para mí vedados  
esos dos mantenimientos;  
y si con menos razones  
que debiera os pregunté,  
soy hombre llano, y no sé  
cortesanas invenciones.  
Yo hablé con sinceridad,  
y con la misma os ofrezco  
mi amistad.

TRISTÁN:

Yo lo agradezco;  
mas porque hasta en la amistad  
fuese también desdichado,  
tengo el amigo primero  
que he encontrado, por agüero,  
que es lo mismo ser aguado.

ROMÁN:

Desde hoy no lo pienso ser  
si con eso os obligáis.

TRISTÁN:

Pues a lo que preguntáis  
es justo ya responder.

Don Francisco de Meneses,  
cuanto desdichado, noble,  
padre de esta hermosa dama,  
que Aldonza tiene por nombre,  
con ella y su casa toda

de Deza partió a la corte,  
al pleito de un mayorazgo,  
que hoy es ya de Aldonza el dote.  
Venciólo al fin; mas no quiso  
su fortuna que lo goce,  
pues salió con la sentencia  
la de su muerte conforme.  
Aldonza, huérfana y sola  
con esto, determinióse  
a volver entre sus deudos  
a Deza, su patria, donde  
la espera ya, para ser  
su esposo, don Juan de Torres,  
mi señor, noble, galán,  
rico y venturoso joven.  
Y así, don Pedro, su primo,  
que es el que veis, a la corte  
se partió, para volverla  
acompañando en su nombre;  
que por no serle decente  
antes que su mano goce,  
no se atrevió a ser el mismo  
precursor de sus dos soles.  
Más que me habéis preguntado,  
he dicho en breves razones  
y adiós; que ya en la litera  
la bella Aldonza se pone.

Vase

ROMÁN:

¡Ah cielos! ¿Quién vió salir  
de purpúreos pabellones  
pródiga el alba de rayos,  
lloviendo perlas y flores;  
quién tras la fiera borrasca  
que formó tremenda noche  
vió el hermoso Autor del día  
bordar claros horizontes,  
quién por capital sentencia  
esperó suplicio enorme,  
y en dichosa libertad  
trocó las duras prisiones;  
que no juzgue, bella Aldonza,  
si a tu beldad las opone,  
alba, libertad y día,

sombra, esclavitud y noche?

Sale doña ALDONZA, de camino, y don PEDRO, escudereándola, y TRISTÁN, atraviesan el teatro

TRISTÁN:

Llegad, mancebos.

Vanse doña ALDONZA, don PEDRO y TRISTÁN

ROMÁN:

¡Oh Amor!

¡Dichoso don Juan de Torres,  
que ha de gozar la belleza  
mayor que el mundo conoce!

¡Ay de mí! Ya para entrar  
en la litera recoge  
las faldas. Amor, ¿qué he visto?

¿Qué nuevo inhumano golpe,  
con breves puntos de un pie,  
siglos eternos dispone,  
tanto a los ojos de glorias,  
cuanto al corazón de ardores?

¡Perdido estoy! ¡Estoy loco!  
¡Muerto estoy! Ya el sol se esconde,  
que deslumbra cuando alumbra,  
y ciega cuando se pone.

Ya camina. ¿Qué he de hacer?

Por valles, prados y montes  
seré alfombra de sus plantas  
sombra de sus resplandores.

No puedo más... No soy mío.

Miente la opinión, que pone  
siempre elección de los actos  
en la voluntad del hombre;  
miente que no hay albedrío;  
ley es todo, todo es orden  
dispuesto por los influjos  
de los celestes orbes.

Pues te sigo, bella Aldonza,  
forzado de mis pasiones,  
como el acero al imán  
y como la aguja al norte;  
dictándome la razón,  
que el imposible conoce,  
por ser nuestros dos estados

en todo tan desconformes.  
¿Quién, pues, me dará esperanza  
de que algún tiempo la goce,  
si diabólicos engaños  
no ayudan mis pretensiones?  
Que según estoy, no hay cosa  
que no intente, no hay desorden  
que no emprenda, no hay delito  
que mi atrevimiento estorbe.  
¿Hay un demonio que escuche  
estas quejas, estas voces,  
y por oponerse al cielo  
dé remedio a mis pasiones?

Sale el DEMONIO, en forma de galán

DEMONIO:  
Román Ramírez.

ROMÁN:  
¿Quién es?

DEMONIO:  
Yo soy el mismo que llamas,  
que de las eternas llamas  
vengo en la forma que ves,  
a tus voces obediente,  
y dispuesto a tu favor.

ROMÁN:  
¿Qué dices?

DEMONIO:  
Pierde el temor,  
pues Amor es tan valiente.  
Yo soy tu amigo, que soy  
quien a tu abuelo ha servido  
de familiar. Condolido.  
Román, de tu pena estoy.  
Pero pues de mí te vales,  
pierde la desconfianza;  
que o lograrás tu esperanza,  
o a los reyes infernales  
faltará el poder, la ciencia,  
la industria, el arte y engaño.

ROMÁN:

Si al inevitable daño  
de esta amorosa dolencia  
das fin... (Detestable medio    Aparte  
es al que me determino;  
mas si del cielo me vino  
la desdicha, y no el remedio,  
¿en qué dudo?) Una amistad  
eterna hallarás en mí,  
y en el mundo solo a ti  
adoraré por deidad.

DEMONIO:

Pues con recíproco pacto  
nos obligamos los dos:  
tú a adorarme a mí por dios,  
y yo, igualando al contrato,  
a cumplirle, ese deseo,  
y hacer que de Aldonza goces,  
y que obedezca a tus voces  
todo el reino del Leteo.  
Riqueza, honor y opinión  
de noble y sabio he de darte  
y tras de todo, librarte  
del poder y la opresión  
de las justicias, de suerte  
que te valga mi amistad  
eterna felicidad  
en la vida y en la muerte,  
pues si mi amigo leal  
hubieres sido en el mundo,  
..... [ -undo ]  
te trataré como tal.

ROMÁN:

Pues con esas condiciones  
me pongo ya en tu poder.

DEMONIO:

Atiende a lo que has de hacer  
para que tus pretensiones  
consigas. Tú has de mudarte,  
para no ser conocido,  
el nombre; que concedido  
me es a mí desfigurarte,  
ofreciendo en lo visible

a los ojos otro objeto,  
ya que el natural sugeto  
alterar no me es posible.  
Con esto entrarás en Deza,  
e indicios darás de que eres  
hombre ilustre; di que quieres  
disimular tu nobleza.  
Y para hacerte opulento  
en riquezas y opinión,  
y disponer la ocasión  
a tu enamorado intento,  
médico te has de fingir;  
que de él necesita Deza.

ROMÁN:

¡Cómo podrá mi rudeza,  
si ni leer ni escribir  
jamás supe, acreditar  
esa invención?

DEMONIO:

Yo al oído  
lo que el físico ha sabido  
más docto, te he de dictar;  
y pues no son a mi ciencia  
angélica reservadas,  
yerbas te daré adecuadas  
a sanar cualquier dolencia.  
Con esto y con los engaños  
que según las ocasiones  
tracen nuestras invenciones,  
verás el fin de tus daños.

ROMÁN:

Impide pues a don Juan  
con Aldonza el casamiento  
antes que logre su intento.

DEMONIO:

Yo te lo ofrezco, Román;  
que de tal suerte los ojos  
de Aldonza inficionaré  
al mirarle, que le dé  
una vista mil enojos.

ROMÁN:

Pues ya en todo te obedezco.

DEMONIO:

¿Qué nombre te has de poner?  
Y advierte que no ha de ser  
de cristiano, que aborrezco  
sus ecos.

ROMÁN:

Pónmele tú.

DEMONIO:

Demodolo desde aquí  
te nombra.

ROMÁN:

El tuyo me di.

DEMONIO:

Yo me llamo Belcebú.  
Y con esto ven, amigo,  
para que el pacto confirmes,  
donde con tu sangre firmes  
lo que has tratado conmigo.

ROMÁN:

Vamos.

DEMONIO:

Tu lascivo ardor  
verás presto satisfecho.

ROMÁN:

Tanto han podido en mi pecho  
codicia, ambición y amor.

Vanse. Salen don JUAN, TRISTÁN, y don PEDRO,  
de ciudad

PEDRO:

Ya, primo, estaréis contento,  
pues Aldonza, no obligada  
solo, pero enamorada,  
corresponde a vuestro intento.

TRISTÁN:

No pienso yo que agradó  
Narciso a la ninfa más.

JUAN:  
¡Estoy loco! ¿Quién jamás  
tal belleza mereció?

PEDRO:  
En ella las gracias todas  
el cielo quiso copiar;  
y adiós; que voy a sacar  
galas para vuestras bodas.

Vase

TRISTÁN:  
¿Qué vestido piensas darme  
para estas fiestas, señor?  
Que yo también con Leonor  
tengo de matrimoniarme.

JUAN:  
A tu voluntad está  
la tienda del mercader.

TRISTÁN:  
¿Cuándo, Fortuna, he de ser  
venturoso? ¿Cuánto va  
que si lo voy a sacar,  
según nací desdichado,  
o el mercader ha quebrado  
o tú no te has de casar?

JUAN:  
Calla. ¿Cómo puede ser,  
si Aldonza ya lo desea,  
ni que mi esposa no sea,  
ni que quiebre el mercader  
siendo tan rico?

TRISTÁN:  
Porque es  
mi Fortuna tan avara,  
que si en zapatos tratara,  
nacieran todos sin pies.  
Un amo que tuve yo,

dijo, estando ya espirando,  
"A Tristanillo le mando..."  
y al momento mejoró.  
Pero mi suerte colijo  
que se engañó; que en teniendo  
más aliento, prosiguiendo,  
"Mando a Tristanillo," dijo,  
que al punto que muera yo,  
le pague todo el dinero  
que me debe, a mi heredero."  
Y en diciéndolo espiró.

JUAN:  
Pues con tales desengaños,  
no te he de hacer bien jamás.

TRISTÁN:  
Quiéreme mal y verás  
como vives dos mil años.

JUAN:  
Ya sale Aldonza, Tristán.

TRISTÁN:  
Di, señor, la que te adora.

Salen doña ALDONZA y LEONOR

LEONOR:  
Aquí está don Juan, señora.

Hablan las dos aparte, junto a la puerta

ALDONZA:  
¡Qué dices! ¿Éste es don Juan?

LEONOR:  
¿En qué lo has desconocido?

ALDONZA:  
O tú te engañas, o a mí  
me engañó cuando lo vi,  
o tengo el seso perdido.

LEONOR:  
Lo postrero es lo que creo.

¿Qué has visto en él que te asombre?

ALDONZA:

¿Don Juan puede ser un hombre  
tan mal tallado y tan feo?  
El que yo he visto, el que quiero,  
el que espera ser mi esposo,  
es gallardo y es airoso;  
éste es desairado y fiero.

LEONOR:

¡Qué dices! ¿Estás sin seso?  
¿Hay algún galán en Deza  
que a su talle y getitileza  
pueda igualar?

ALDONZA:

Y aun por eso  
me afirmo en que no es don Juan.

LEONOR:

¿Hay locura más extraña?  
Dime, el que le acompaña  
¿no es su criado Tristán?

ALDONZA:

Sí.

TRISTÁN:

¿Qué temes? ¿Qué contrario  
embistes?

JUAN:

Verla tan bella  
me acobarda.

TRISTÁN:

Aguarda que ella  
te saque por el vicario.

LEONOR:

Ya llega; agora verás  
cuál de las dos se ha engañado.  
(O está loca, o se ha mudado.) Aparte

ALDONZA:

O estoy ciega o tú lo estás.

JUAN:

¿Cuando, bella Aldonza, harán  
nuestras bodas venturoso,  
al que solo en ser tu esposo  
funda su gloria?

Al oído a doña ALDONZA

ALDONZA:

¿Es don Juan?

JUAN:

¿Cuándo el alma que te adora  
con tan deseada unión  
en dichosa posesión  
se verá?

Aparte a su ama

LEONOR:

¿Es don Juan, señora?

JUAN:

Advierte, mi bien, que están  
juzgando las ansias mías  
eternidades los días.

Aparte a su ama

LEONOR:

Di ahora que no es don Juan.

ALDONZA:

(¡Don Juan es, al fin! ¿Qué es esto? Aparte  
¿Qué puede ser? O venía,  
cuando otras veces le veía,  
tan aliñado y compuesto,  
que las faltas ha podido  
encubrir que agora veo,  
o me engañaba el deseo,  
o después acá ha tenido  
algún furioso accidente  
con que se ha desfigurado,  
o por dueño me ha cansado;

que se juzga diferente  
el que se teme marido  
que el que se estimó galán.)

JUAN:  
¿No me respondéis?

Aparte al criado

Tristán,  
¿Qué es aquesto?

TRISTÁN:  
Mi vestido.

JUAN:  
¡Señora! ¿Qué novedad  
es ésta, Leonor?

LEONOR:  
No sé.  
(Si puedo lo enniendaré.)      Aparte  
Pienso que una enfermedad  
que en el corazón padece  
y ha muy poco que le ha dado  
este disgusto ha causado  
que vuestro amor no merece;  
que siempre que lo ha tenido,  
aunque libre del dolor,  
del melancólico humor  
vuelve a cobrar el sentido.  
Es tan turbado y confuso,  
que por gran rato no entiende,  
y la pasión le suspende  
de las potencias el uso.  
Yo apostaré que hasta agora,  
don Juan, ni os ha conocido,  
ni palabra os ha entendido.  
Mira que es don Juan, señora,  
quien te habla.

ALDONZA:  
(Estoy perdida.) Aparte

JUAN:  
¡Qué enfermedad tan crüel!

ALDONZA:

(No me casara con él            Aparte  
si me importara la vida.)

JUAN:

Bella Aldonza, gloria mía,  
si cuantas piedras cordiales  
en las regiones australes  
el ligero ciervo cría;  
Si cuanta persiana yerba  
y odorífero semnión,  
aplicado al corazón,  
de pasiones lo reserva;  
si cuanta perla luciente,  
cuanto purpúreo coral,  
antídotos de ese mal,  
engendra el mar y el oriente,  
alegrarte pueden, tantas  
me permite que te ofrezca,  
que al mundo todo empobrezca  
para enriquecer tus plantas.

ALDONZA:

Señor don Juan...

LEONOR:

Ya ha cobrado,  
pues habla, su entendimiento.

ALDONZA:

Ni sin salud hay contento,  
ni alegría con cuidado.  
Yo me siento de tal suerte  
sujeta a melancolía,  
que no hay para mi alegría,  
sino acercarme a la muerte;  
y así, es bien que el casamiento  
dilata hasta mejorar;  
que poco puede durar  
accidente tan violento;  
y entre tanto sólo os pido  
que el visitarme, don Juan,  
excuséis; que sois galán  
hasta ahora, y no marido.

Vase doña ALDONZA

TRISTÁN:

Leonor, ¿qué ocasión ha hecho  
en Aldonza tal mudanza?

LEONOR:

¿Qué pensamiento lo alcanza?  
Algún demonio sospecho,  
por lo que mis ojos ven,  
que anda, Tristán, por aquí.

TRISTÁN:

¿Y hay demonio para ti?  
¿Haste mudado también?

LEONOR:

Forzoso ha de ser mudarme  
si no se casan los dos.

Vase LEONOR

TRISTÁN:

Nunca, Leonor, me dé Dios  
otro mal que no casarme.  
¡Ah señor! ¿Qué suspensión  
es ésta? ¿Estás persuadido  
que ha causado mi vestido  
este mal de corazón?  
"Tristan, ¿cómo puede ser,  
si Aldonza ya lo desea,  
ni que mi esposa no sea,  
ni que quiebre el mercader,  
siendo tan rico?" Ya es clara  
del mercader la ventura;  
que a ser firme esta hermosura,  
era fuerza que él quebrara.

JUAN:

No puede, no puede ser  
que Aldonza se haya mudado.  
Del corazón la ha obligado  
la dolencia a proceder  
con tan extraña esquivanza;  
que si de mí se agradó,  
si contenta el sí me dio,

si yo adoro su belleza,  
si soy el mismo que fui,  
si ella es la mesma que ha sido,  
si ni de ofensa ni olvido  
se puede quejar de mí,  
cosas son que contradicen  
el crédito a su mudanza.

TRISTÁN:

Eso ha dicho la esperanza;  
entran los celos y dicen.  
Si, aunque con mentira fea,  
le han dicho algún mal de ti;  
si después que te dio el sí  
en nueva afición se emplea...

JUAN:

Calla, atrevido.

TRISTÁN:

¿Es error  
discurrir sin decidir?

JUAN:

Sí; que ofende el discurrir  
en agravio del honor.

TRISTÁN:

¿Puede ser?

JUAN:

No puede ser.

TRISTÁN:

¿Qué mujer no se mudó?

JUAN:

No es mujer Aldonza, no.

TRISTÁN:

¡Vive Cristo, que es mujer,  
y se ha mudado, y perdido  
cuanta afición te tenía!

JUAN:

Pues ¿por qué ocasión podía

mudarse?

TRISTÁN:

Por mi vestido;  
y apostara a que esto es cierto  
de ojo, a no recelar  
que ella te volviera a amar  
porque yo quedase tuerto.

JUAN:

Necio estás.

TRISTÁN:

Y tú estás ciego,  
pues en el aspecto triste  
de doña Aldonza no viste  
que de su amoroso fuego  
no hay ya ni aun cenizas frías.

JUAN:

Tú quieres matarme.

TRISTÁN:

Quiero,  
señor, no ser lisonjero.

JUAN:

¡Vive Dios, pues que porfías,  
y gustas de mi pesar,  
si no es cierta su mudanza  
y se cumple mi esperanza,  
que a palos te he de matar.

TRISTÁN:

Con eso, sí, los regalos  
de Aldonza has de conseguir.

Sale LEONOR, con manto

LEONOR:

Albricias vengo a pedir.

TRISTÁN:

¡Mira lo que obran los palos!

JUAN:

¿De qué, Leonor?

LEONOR:

Al instante  
que desconsolado y triste  
de la presencia partiste,  
don Juan, de tu hermosa amante,  
de todo punto cobró  
su acuerdo y enternecida,  
amorosa y condolida  
de tu pena, te escribió  
los favores y regalos  
que en este papel verás.

JUAN:

¿Ves, Tristán, cuán necio estás?

TRISTÁN:

¿Ves cuánto pueden mis palos?

JUAN:

Por nueva tan venturosa  
te da en albricias mi amor  
esta cadena.

TRISTÁN:

Leonor  
ya no puedes ser mi esposa.

LEONOR:

¿Por qué?

TRISTÁN:

Porque yo no fuera  
desdichado, a merecer  
hermosa y rica mujer.

JUAN:

Calla; que ya, aunque no quiera  
tu fortuna, pienso hacerte  
venturoso, y el vestido  
mejorar que he prometido.

TRISTÁN:

Tente, señor; que es perderte.

Lee

JUAN:

"Si os di nombre de marido,  
Ya es fuerza por no matarme,  
revocarlo, no casarme."  
¿Qué es aquesto?

TRISTÁN:

Mi vestido.

LEONOR:

¿Cómo dice?

JUAN:

¿Dónde hay pena  
que iguale con mi pasión?

TRISTÁN:

¿Éstos los favores son?  
Vuelve, Leonor, la cadena.

LEONOR:

Vuelve, don Juan, a leer;  
que el papel me leyó a mí  
Aldonza, y no dice así.

JUAN:

Sí dice.

LEONOR:

No puede ser.

Lee

JUAN:

"Si os di nombre de marido,  
ya es fuerza, por no matarme,  
revocarlo, no casarme."

LEONOR:

O el seso todo he perdido,  
o algún demonio a porfía  
trueca las letras así;  
que yo misma se le oí,  
y tal razón no decía.

JUAN:

Con industria lo habrá hecho  
para engañarte, Leonor;  
que viéndote en mi favor  
aquel riguroso pecho,  
trocó el sentido al papel;  
porque si tú lo entendieras  
es cierto que le impedirias  
rsolución tan crüel.  
Ello es cierto; yo he perdido  
el bien que no merecí.

LEONOR:

Prosíguela.

JUAN:

Dice así,

Lee

"De mi mal ha procedido  
la esquivaza y novedad  
que disculpar es tan justo;  
pues no parta con el gusto  
su imperio la enfermedad.  
Doña Aldonza de Meneses."  
Leonor, tan clara razón  
no admite interpretación  
y, aunque tú misma le oyeses  
lo contrario, esto que leo  
viene de Aldonza firmado,  
y es cierto que se ha mudado.

LEONOR:

Yo lo miro y no lo creo...  
Dame el papel, que estoy loca  
y corrida de que a mí,  
ya que te la rompa a ti,  
me trate con fe tan poca.

Vase LEONOR

TRISTÁN:

¿Y la cadena? Voló.  
Tú has hecho un gentil empleo.

Sale don FÉLIX que se queda retirado,  
escuchando a don JUAN

JUAN:

Bien lo debo a su deseo,  
cuando a sus efectos no,  
¡Pluguiera a Dios redimiera  
lo menos del mal que lloro,  
con cuanto rubio tesoro  
produce la indiana esfera!

FÉLIX:

(¿Qué escucho? Cuando es mi intento   Aparte  
pedir a don Juan, hermano  
de mi Teodora, su mano  
en albricias del contento  
de su cumplida esperanza,  
se lamenta. ¡Plega a Dios  
que no nos dañe a los dos  
igualmente una mudanza!)  
¿Qué es esto, don Juan?

JUAN:

Amigo,  
sucesos de un desdichado.  
Doña Aldonza se ha mudado.

FÉLIX:

¿Qué decís?

JUAN:

¿De lo que digo  
dudáis, cuando es en mi daño?

FÉLIX:

¿Y qué ha sido la ocasión?

JUAN:

Cierto mal de corazón,  
según dice, tan extraño,  
que de gusto y aun de seso  
la priva.

FÉLIX:

(¡Hay desdicha igual!)   Aparte

Quiera Dios que vuestro mal  
estribe, don Juan, en eso;  
porque un médico extranjero  
ha venido, a cuya ciencia  
no hay reservada dolencia.  
Llevádsela; que yo espero  
no solo que libraré  
de ese mal su corazón,  
pero que de su pasión  
la causa conocerá.

TRISTÁN:  
¡Oh médico celestial!

FÉLIX:  
(Callaré mi pretensión           Aparte  
hasta mejor ocasión;  
que un triste no es liberal.)

JUAN:  
¿Que es tan sabio?

FÉLIX:  
Eslo de suerte,  
que por los pulsos y aspetos  
penetra hasta los secretos  
de la vida y de la muerte.

TRISTÁN:  
¡Qué adivina el extranjero  
por los aspetos, señor!  
Mátenme si este doctor  
no fuere un gran embustero.

FÉLIX:  
Con obras se acreditó;  
que no con palabras sólo.

TRISTÁN:  
¿Y llámase?

FÉLIX:  
Demodolo.

TRISTÁN:  
Miren si el nombre buscó

Famoso por lo exquisito,  
por lo extraño provocante,  
porque dé al vulgo ignorante  
la novedad apetito.

JUAN:

Félix, toda mi esperanza  
pongo yo en ese doctor.  
A mí me cure de amor,  
si a Aldonza no de mudanza.  
Busquémosle.

FÉLIX:

De él espero  
el fin que tu amor desea.

TRISTÁN:

Yo, que su gualdrapa sea  
la tumba de tu dinero.

Vanse todos. Sale doña ALDONZA

ALDONZA:

Cielos, ¿qué vario accidente  
causa los males que lloro?  
Ausente a don Juan adoro,  
y lo aborrezco presente.  
La postrer vez que lo vi,  
disforme me pareció;  
y luego que se ausentó,  
reina ya su amor en mí,  
poniéndonme, porque muera  
a los ojos la memoria,  
la nunca igualada gloria  
que hallé en su vista primera.  
Quién vio tan nuevo furor,  
y quién tan loco accidente,  
que muera estando presente  
y viva, ausente, el amor?

Sale LEONOR, con manto

ALDONZA:

Leonor...

LEONOR:

Vengo tan corrida  
de que me hayas engañado  
con el papel que me has dado,  
que no olvidaré en mi vida  
este agravio.

ALDONZA:  
No te entiendo.

LEONOR:  
¡Bueno es leerme el papel,  
fingiendo que llevo en él  
a don Juan la vida, siendo  
la sentencia de su muerte!  
¡No supiera yo leer!  
¡Mal haya el hombre o mujer  
que da de su humilde suerte  
indicios con no saberlo!

ALDONZA:  
¿Qué dices? Muestra y verás,  
Leonor, que engañada estás.

LEONOR:  
¿Qué importa si has de leerlo  
conforme a tu voluntad?

ALDONZA:  
Si con mi vida aseguro  
tu recelo, yo la juro  
de leerte la verdad.

Lee

"Si os di nombre de marido,  
ya es fuerza, por no matarme,  
revocarlo no, casarme.  
de mi mal ha procedido  
la esquivaza y novedad  
que disculpar es tan justo,  
pues no parte con el gusto  
su imperio la enfermedad."  
¿Ésta la sentencia ha sido  
de muerte?

LEONOR:

¿Hay tal confusión?  
Las mismas palabras son,  
y no es el mismo sentido.  
¿En qué estará? ¿Hay tal tormento  
como ser de ingenio rudo?  
¿A qué nació quien no pudo  
merecer entendimiento?  
Pues muy contrario sentido  
don Juan al papel ha dado,  
con que se ha desesperado  
tanto como yo corrido.

ALDONZA:  
Misterio hay, Leonor en esto,  
y a lo que puedo entender,  
algún divino poder,  
a nuestras bodas opuesto.  
Mas dime, por vida mía,  
¿qué te pareció don Juan?

LEONOR:  
Tan de buen gusto y galán,  
que envidiarle el sol podía.

ALDONZA:  
¿Cómo es posible que el verle  
sola a mí me cause enojos?  
Pues si estuviera en mis ojos  
el defecto, ¿había de hacerle  
solo a don Juan, mi accidente  
un agravio tan crüel,  
pues a nadie sino a él  
miro de sí diferente?  
No lo entiendo.

Sale TRISTÁN

TRISTÁN:  
Mi señor,  
tan enfermo de tu mal,  
que está más que tú mortal,  
te trae, señora, un doctor  
de cuya infalible ciencia  
huye medrosa la muerte,  
y los dos ya para verte  
sólo aguardan tu licencia.

ALDONZA:

Entren. Por dicha mi amor  
hallará de tanto daño  
en don Juan el desengaño,  
o el remedio en el doctor.

Salen JUAN, ROMÁN, de doctor galán, y  
el DEMONIO, de platicante

JUAN:

Aldonza, con el cuidado  
de vuestra indisposición,  
mi abrasado corazón  
el remedio ha procurado.  
El señor doctor que os viene  
avisitar, no de humano,  
de médico soberano  
la fama y las obras tiene.  
Decid vuestro mal; que creo  
que tendrá fin la dolencia,  
si alcanza poder la ciencia  
y ventura mi deseo.

Aparte a LEONOR

ALDONZA:

¡Ay triste de mí! Leonor,  
mi mal crece de hora en hora.

LEONOR:

¿Qué sientes?

ALDONZA:

Don Juan agora  
me ha parecido peor.  
¡Qué narices!

Hablando aparte el DEMONIO con ROMÁN

DEMONIO:

El objeto  
falso que ofrezco a sus ojos  
en don Juan le causa enojos,  
y se queja de su efeto  
Aldonza.

ROMÁN:

Dime, ¿no fuera  
mi pretensión más segura  
si el hechizo en la hermosura  
de Aldonza lo mismo hiciera  
que en don Juan, porque él viniese  
a aborrecerla también?

DEMONIO:

No, Román. No te está bien,  
porque si él la aborreciese,  
ni cuidara de su mal  
ni te hubiera menester;  
y el amarla le ha de hacer  
contigo tan liberal,  
que goces de su riqueza  
gran parte, y no es de tu intento  
el más leve fundamento  
para alcanzar la belleza  
de doña Aldonza.

ROMÁN:

Bien dices.

DEMONIO:

(Lo más cierto es que pretendo   Aparte  
que don Juan pierda, sintiendo  
los sucesos infelices  
de su amor, el sufrimiento,  
con que a delitos e injurias  
le precipitan las furias  
de su celoso tormento.)  
¿Qué aguardas?

ROMÁN:

¿Has ya mudado  
lo visible en mí?

DEMONIO:

No fuera,  
si alguno te conociera,  
poderoso mi cuidado.  
No temas.

JUAN:

(Yo la he perdido. Aparte  
Con gran disgusto me mira.)

TRISTÁN:  
(Ella se queja, él suspira, Aparte  
y yo lloro mi vestido.)

ROMÁN:  
Si de las manos confiero  
las líneas con las señales  
del rostro, de vuestros males,  
señora, entender espero  
la verdadera ocasión.

TRISTÁN:  
Señor doctor, no quisiera  
que esta cura adoleciera  
de la santa Inquisición.

JUAN:  
Calla, necio.

TRISTÁN:  
No me vayas  
a la mano, porque he oído  
decir que está prohibido  
adivinar por las rayas;  
y yo soy, aunque me ves  
en lo demás tan humano,  
un católico cristiano,  
testarudo aragonés;  
y no tiene el mundo aceros  
iguales a mi coraje  
para impedir el ultraje  
de mi Dios y de mis fueros,  
pues tan sin dicha nací,  
que siendo el más inocente,  
se escapará el delincuente  
y me prenderán a mí.

ROMÁN:  
Por docto, tengo permiso  
para valerme de tales  
conjeturas y señales;  
que la Inquisición no quiso  
prohibir tan milagrosos

misterios sino a ignorantes,  
que con artes semejantes  
dan luego en supersticiosos;  
pero yo, que con la ciencia  
física llevo a alcanzar  
lo que ellas pueden mostrar,  
de usarlas tengo licencia.  
Mandadle, señor don Juan,  
dejarnos; que es peligroso  
un testigo escrupuloso,  
siendo ignorante.

JUAN:  
Tristán,  
véte al punto.

TRISTÁN:  
Bien hacéis  
en recelaros de mí,  
que la leva os entendí.

Vase

ROMÁN:  
(Presto me lo pagaréis.)      Aparte  
Dadme el pulso.  
(Oh, nieve pura,      Aparte  
como sois fuego de amor!)

JUAN:  
(¡Ah! ¡No fuera yo el doctor!)      Aparte

ROMÁN:  
Libre estáis de calentura.  
(Así lo estuviera yo.)      Aparte  
Alzad el rostro...  
(¡Ay de mí!      Aparte  
Cuello hermoso, el cielo en ti  
todo su poder mostró.)  
Dadme la mano...  
(En que adora      Aparte  
cinco saetas mi amor.)

Rehusa ella

ALDONZA:

¿La mano?

JUAN:

El señor doctor  
se entiende. Dadla, señora.

ROMÁN tómale la mano izquierda

ROMÁN:

Su virtud le comunica  
a la izquierda el corazón;  
y así por su indicación  
sus sentimientos publica.  
Con ella apretad la mía;  
que la fuerza quiero ver  
que tiene.

LEONOR:

(No he visto hacer      Aparte  
jamás tal anatomía.)

ROMÁN:

Apretadla.

JUAN:                      (Ya me dan      Aparte  
celos estas experiencias.)

ROMÁN:      Los misterios de las ciencias  
son muy ocultos, don Juan.

Aparte a don JUAN

Escuchadme y os diré  
por no advertirla, en secreto  
de esta experiencia el efeto.

(Con esto dilataré              Aparte  
La gloria que estoy mirando.)

Habla a don JUAN, recatándose de que le oiga  
doña ALDONZA, y nunca deja su mano

En la relación que hiciere,  
es forzoso que se altere  
su corazón, en tocando  
la causa de su pasión;  
y yo lo he de conocer,  
porque en la fuerza ha de haber

aumento o disminución  
y haciendo luego juicio,  
según la quiromancia,  
física y fisonomía,  
tendré verdadero indicio  
de la secreta ocasión  
de su mal, y aplicaré  
el remedio, con que os dé  
su mudanza admiración.

JUAN:  
¡Qué sutil filosofía!

Aparte a LEONOR

ALDONZA:  
¿Has advertido, Leonor,  
Qué buen talle de doctor?

LEONOR:  
Extraña es su bizarría!

ROMÁN:  
Haced lo que os he advertido,  
hermosa Aldonza.

ALDONZA:  
Yo siento  
lesión en mi entendimiento,  
turbación en mi sentido.  
Siento inconstante deseo,  
frágil memoria, de modo  
que juzgo diverso todo  
de lo que vi lo que veo.

ROMÁN:  
Basta; que agora tocastes  
al punto. La alteración  
dio a la mano el corazón;  
que en la fuerza desmayastes.

Aparte a LEONOR

ALDONZA:  
Dice verdad. Peregrino  
es el médico.

LEONOR:  
¡Hay tal cosa!  
Ciencia tiene milagrosa.

JUAN:  
(Entendiólo. Él es divino;  
que aborrecer fácilmente  
sin causa a quien ha querido,  
muestra que le ha parecido  
después acá diferente.

ROMÁN:  
Señora, ya yo sospecho  
vuestro mal. Hechizos son  
los que en vuestro corazón  
tan gran novedad han hecho.

LEONOR:  
¿No lo dije yo?

ALDONZA:  
¡Ay de mí!

ROMÁN:  
Alguno que ciego adora  
vuestra hermosura, señora,  
quiere asegurarla así.

El DEMONIO habla aparte a doña ALDONZA,  
colocado a espaldas de ella

DEMONIO:  
¿Quién sino don Juan sería?

ROMÁN:  
Indicio ofrecen notorio  
del maléfico amatorio  
vuestra gran melancolía,  
la turbación del sentido  
y variedad del deseo.  
¿Cuánto va, Aldonza, que feo  
alguno os ha parecido,  
a quien juzgastes primero  
bizarro, hermoso y galán?

LEONOR:

Es verdad.

ALDONZA:

Esto en don Juan  
me ha sucedido, y ya infiero,  
Leonor, que lo has publicado.

LEONOR:

Fálteme Dios si tal hice.  
(¡Loca estoy! Secretos dice      Aparte  
que entre los dos han pasado.)

JUAN:

(Él lo ha entendido. Yo soy      Aparte  
quien ya le parezco mal.)

ALDONZA:

(No vi jamás hombre igual.)      Aparte

ROMÁN:

Si con esto, Aldonza, os doy  
ocasión para admiraros,  
estos son cortos efetos;  
que secretos más secretos  
pienso presto declararos.  
Agora os he de mostrar  
más clara la ciencia mía  
que por la quiromancia  
del todo he de penetrar  
vuestro mal. Mostrad la palma  
de la mano, que es papel  
del cielo, que escribe en él  
las afecciones del alma.  
¡Qué oscuras líneas! En ellas  
se advierte la confusión  
que padece el corazón.

Bésale la palma

JUAN:

Pues, ¿qué hacéis?

ROMÁN:

Humedecellas;  
que muestra en ellas la mano

más viveza y más color  
con la humedad y calor  
que les da el aliento humano.

JUAN:

Aldonza pudiera hacello.  
(No me puedo refrenar.)      Aparte

ROMÁN:

Señor don Juan, a pensar  
que os diera disgusto en ello,  
ni lo hiciera, ni mis pies  
estos umbrales tocan  
si en recompensa esperaran  
innumerable interés.  
Yo ejecuto con llaneza  
los medios cuyos efectos  
tocáis ya, pues los secretos  
de la bella Aldonza empieza  
a entender y declarar;  
y cuando con la experiencia  
que veis, pretende mi ciencia  
lo que importan alcanzar,  
me obligan vuestros celos  
a desistir, porque yo  
vengo a dar salud, y no  
desconfianzas y celos.  
El tiempo os vendrá a mostrar  
que es tan secreto y profundo  
su mal, que nadie en el mundo,  
sino yo, lo ha de curar;  
mas pues las llanezas mías  
culpáis, buscad quien dilate  
su enfermedad, y la mate  
con purgas y con sangrías.

Vuelve las espaldas

ALDONZA:

Aguardad.

ROMÁN:

(Con esto quiero      Aparte  
Mi estimación aumentar.)  
Él mismo me ha de llamar,  
y costarle su dinero.

Vanse ROMÁN y el DEMONIO

ALDONZA:

Volved. Fuése. ¡Todo así  
se conjura en afligirme!

LEONOR:

¡Que se fuese sin decirme  
la buenaventura a mí!

ALDONZA:

¿Esto, don Juan, es fineza?  
¿Esto debo a vuestro amor?  
¿Celos formáis de un doctor?  
Éraos ya a la sutileza  
de su ingenio tan pesada,  
temiendo, si prosiguiera,  
que del todo descubriera  
que estoy de vos hechizada?

JUAN:

De mí, Aldonza!

ALDONZA:

Caso es llano.  
¿Quién sino vos desconfía  
de mi amor? ¿Quién pretendía  
asegurarse mi mano  
sino vos? ¿En quién miráis  
lo que ha obrado en mí el hechizo,  
sino en vos, si bien no hizo  
la operación que intentáis,  
pues que trocando la acción,  
por dicha me perderéis  
con lo que intentado habéis  
asegurar mi afición?  
Y tras de hacerme, con medio  
tan injusto, tanto daño,  
¡por encubrir vuestro engaño  
me quitáis a mí el remedio!

JUAN:

Aldonza, juraros quiero...

ALDONZA:

No por eso me aseguro;  
que también dará en perjurio  
quien ha dado en hechicero.

JUAN:  
¿Hay tal rabia? He de perder  
la vida con la paciencia.

ALDONZA:  
No me mintáis inocencia.  
Lo que importa es deshacer  
el daño, y hacer que vuelva  
a remediarlo el doctor;  
y mientras no, vuestro amor  
no espere que me resuelva  
a las bodas que desea;  
que obra contra vos de suerte  
el hechizo, que la muerte  
no me parece tan fea.

LEONOR:  
(Declaróse.)      Aparte

JUAN:  
Aldonza mía,  
sólo por satisfaceros  
el médico he de traeros,  
si cuanta riqueza envía  
la oriental región me cuesta.

ALDONZA:  
Hacedlo, y no me veáis  
primero que de él sepáis  
que estoy menos indispueta.

JUAN:  
¡Eso más!

ALDONZA:  
Don Juan, no os pese;  
que a vos os importa.

JUAN:  
¿Quién  
se vio a las puertas del bien,  
que como yo le perdiese?

Vase

LEONOR:  
Rabioso va.

ALDONZA:  
Y yo, Leonor,  
quedo confusa, pensando  
que de don Juan voy sanando,  
y enfermando del doctor.

## ACTO SEGUNDO

Salen ROMÁN, don JUAN y el  
DEMONIO

ROMÁN:  
Haber conmigo mostrado  
tanta liberalidad,  
conociendo la verdad  
de mi intento y mi cuidado,  
me ha obligado a visitar  
otra vez a Aldonza, y creo  
que he de lograr mi deseo  
porque la pienso gozar;  
que presto la habéis de ver  
libre de aquella pasión  
que en su amante corazón  
tal mudanza pudo hacer.

JUAN:  
¿Son, al fin, señor doctor,  
Hechizos la causa de ella?

ROMÁN:  
O no hay en el cielo estrella  
ni en el sol hay resplandor.  
Mas ni os aflija ni espante;  
que, como me habéis pedido,  
para saber quién ha sido  
vuestro ofensor y su amante,  
he levantado figura.

Pero advertid que éstas son  
cosas en que la opinión  
y la quietud se aventura;  
y si lo que de ella infiero  
os tengo de declarar,  
palabra me habéis de dar  
como noble caballero,  
pues que os sirvo, del secreto;  
que por nadie--¡vive Dios!--  
lo hiciera sino por vos.

JUAN:

Como quien soy os prometo  
fuera de que os dejaré  
hoy, por lo que os he cansado,  
liberalmente pagado,  
que el secreto guardaré,  
contra que pierda el honor  
y la vida.

ROMÁN:

Pues, don Juan,

Saca un papel de una figara levantada, y habla  
mirando a él

.....[ -án]  
en amistad y en amor  
Fortuna adversa; y me obligo  
a asegurar que os ha hecho  
todo el daño el falso pecho  
de vuestro mayor amigo.

JUAN:

Don Félix es el mayor.

ROMÁN:

Las señas os puedo dar  
de él, pero no señalar  
la persona. Es de color  
trigueño, y es de mediana  
estatura y voz süave,  
ni bien sutil ni bien grave.  
Goza la estación lozana  
de su juventud, y tiene  
negra la barba y cabello.

JUAN:

Basta para conocello;  
que cuánto dices conviene  
con las señas claramente  
de Félix.

ROMÁN:

El declararos  
celoso antes de informaros  
será acción poco prudente.  
Velad; y pues confiado  
de que vos lo estáis está,  
en su descuido hallará  
la verdad vuestro cuidado.  
Y voyme, don Juan; que es hora  
de ver mis enfermos.

JUAN:

Sólo  
quiero saber, Demodolo,  
si la que mi pecho adora,  
según vuestra astrología, C  
corresponde a quien me ofende.  
ROMÁN: Tanto en su afición se enciende  
cuanto en la vuestra se enfría.

Hablan ROMÁN y el DEMONIO

DEMONIO:

Loco queda.

ROMÁN:

Su furor  
con Félix le precipite,  
y su discordia me quite  
tan fuerte competidor;  
que más seguro pretendo  
con su ausencia o con su olvido;  
y queda tan bien perdido  
matando como muriendo.

Vanse ROMÁN y el DEMONIO

JUAN:

¿Es posible que haya sido

Félix amigo traidor?  
Pero las fuerzas de amor,  
¿qué obligación no han rotpido?  
¿Puede engañarse la ciencia  
y mentir la astrología?  
Sí; mas la desdicha mía  
me niega esta contingencia.  
Sombra seré, por los cielos,  
de su vida y sus acciones.  
Árgos serán mis pasiones,  
y linceos serán mis celos;  
y si me ofende, ha de ver  
en su muerte mi venganza;  
que a quien pierde la esperanza,  
¿qué le queda que perder?

Sale don FÉLIX

FÉLIX:  
Si es cierto que la amistad  
hace de dos almas una,  
cierto es que en vuestra fortuna  
tengo [mi felicidad.]  
Dadle pues a mi cuidado  
una nueva venturosa.  
¿Qué hay de vuestra prenda hermosa?  
Demodolo, ¿hase afirmado  
en que nace su cuidado  
de su pernicioso encanto?

JUAN:  
(¡Ah cielos! No ayuda tanto      Aparte  
la amistad, sino el amor.  
Quiero engañarle y fingir  
que soy ya dichoso amante;  
que con esto en el semblante  
el pecho ha de descubrir.)  
Don Félix, el accidente  
que la mudanza causó  
de doña Aldonza pasó  
como exhalación ardiente;  
que por ser de lo violento  
tan breve la duración,  
volvió a su antigua afición  
fácilmente el pensamiento.  
Muy presto la norabuena

me daréis de mi alegría.

FÉLIX:

Decid, don Juan, de la mía  
pues no era menor mi pena.  
(Si declararte codicias,      Aparte  
ésta es, Félix, la ocasión  
de tu abrasada pasión  
pide el remedio en albricias.  
Atrévete; que el contento  
jamás avariento ha sido.)

JUAN:

(Por Dios, que se ha suspendido      Aparte  
mal se encubre el sentimiento.)

FÉLIX:

Si nuestra firme amistad  
me puede dar confianza  
a una atrevida esperanza,  
don Juan, licencia me dad  
para poder declararos  
mi intento.

JUAN:

Tanto agraviáis  
mi amistad cuanto dudáis  
que nada puedo negaros.

FÉLIX:

La hermosa doña Teodora,  
vuestra hermana, en quien Amor  
cifra su gloria mayor,  
si por bella me enamora,  
por sangre vuestra me obliga  
a que, en albricias del bien  
de haber vencido el desdén  
de vuestra amada enemiga,  
os pida su blanca mano,  
pues nadie puede fundar  
su esperanza ni valor  
a cielo Lan soberano  
con más alas que yo vuelo.  
Merezca pues que en un día  
vuestra ventura y la mía  
celebre y envidie el suelo.

JUAN:

(¡Ved si ha obrado mi ficción!      Aparte  
No es amor, sino venganza  
de su perdida esperanza,  
la causa de esta intención;  
que no haberla declarado  
hasta ahora, que he fingido  
que soy de Aldonza querido,  
indicio evidente ha dado  
de que este medio escogió  
con que su desdén castigue,  
porque con celos la obligue  
lo que con hechizos no.)

FÉLIX:

Don Juan, ¿de qué os suspendéis?  
¿No admitís mi pensamiento?

JUAN:

Antes, Félix, el contento  
de la merced que me hacéis  
con razón me ha suspendido.  
Luego propondré a mi hermana  
vuestro intento, y lo que gana  
con tan principal marido.  
Y si admite, como espero,  
nueva de tanta alegría,  
sin que aguardéis a la mía,  
hacer vuestra boda quiero.  
(Así pretendo probar      Aparte  
la verdad de su intencion.)

FÉLIX:

No, don Juan; que no es razón  
que Félix lleque a alcanzar  
tanta dicha sin que vos  
la vuestra alcancéis también;  
que el bien para mí no es bien  
si no es común a los dos.  
Fuera de que no sería  
bien pensado duplicar  
los gastos por no aguardar  
a hacerlos un mismo día.

JUAN:

(¿Ya quién duda que es venganza    Aparte  
de Aldonza el fin de este intento,  
pues resiste al casamiento  
hasta perder su esperanza  
con verme en la posesión  
de su mano? ¡Ah cielo santo!  
¿Cómo se refrena tanto  
mi ofendido corazón?)

FÉLIX:  
Don Juan, ¿qué determináis?

JUAN:  
(Asegurarlo conviene.)            Aparte  
Quien más voluntad no tiene  
que la vuestra, ¿qué dudáis  
que hará vuestro gusto?

FÉLIX:  
Hablad Luego a la bella Teodora.

JUAN:  
Ni vuestras partes ignora,  
ni dudo su voluntad.

FÉLIX:  
Si la merezco, daréis  
la vida al mayor amigo.

JUAN:  
(Y a mi mayor enemigo            Aparte  
la muerte, si me ofendéis.)

Vanse los dos por diferentes partes. Salen  
ROMÁN y el DEMONIO

ROMÁN:  
¿Porqué dilatas mi gloria?  
Tu amistad y tu poder,  
¿qué Sirven, si no he de ver  
tan deseada victoria?

DEMONIO:  
Román, la amistad enfrena  
al poder, porque si usara  
de él, tus artes publicara,

y te expusiera a la pena.  
Por esto con tal templanza  
has de remediar tu mal,  
que parezca natural  
el triunfo de tu esperanza.  
Usa de la industria en tanto  
Que provechosa te fuere;  
y en lo que ella no valiere,  
ocurrirás al encanto.  
Por todas partes camina  
felizmente tu deseo,  
pues por los efectos veo  
que cuanto Aldonza imagina,  
es solo en la gallardía  
que en tus partes le he mostrado;  
y ciega de este cuidado,  
Ahora a llamar te envía.

ROMÁN:

Solo acreditar me falta  
de principal caballero;  
que éste es el medio postrero  
de alcanzar gloria tan alta.

DEMONIO:

Ya la invención conveniente  
para ese fin he trazado.  
De la corte se ha ausentado  
un don Diego, descendiente  
de Guzmanes, por no hacer  
un casamiento a disgusto  
porque a su padre era justo,  
que le trocó, obedecer.  
Yo trazaré cómo crea  
Aldonza que este don Diego  
eres tú.

ROMÁN:

De tanto fuego  
librarse el alma desea.

DEMONIO:

De su persona las señas  
finjo yo, para este efeto,  
en el engañoso objeto  
que tú en lo aparente enseñas.

Mas oye lo que he de hacer;  
que ya Leonor ha llegado.

Sale LEONOR, con manto, quedándose a escuchar  
al paño

LEONOR:

Solo está con su criado.  
Desde aquí quiero atender  
a lo que los dos platican,  
por ver si averiguo así  
estas sospechas que en mí  
por puntos se multiplican.

Hablan aparte ROMÁN y el DEMONIO

DEMONIO:

Con esto has de acreditar  
tu nobleza mentirosa;  
que Leonor quiere curiosa  
lo que hablamos escuchar.

ROMÁN:

Comienza.

DEMONIO:

¿Cómo, señor,  
un hombre de tu nobleza  
quiere ejercitar en Deza  
el oficio de doctor,  
pudiendo en la corte estar,  
por quien eres estimado?  
¿Cómo no te da cuidado  
el sentimiento y pesar  
de tu padre don Fernando  
de Guzmán, el noble viejo  
de quien eres claro espejo?

LEONOR:

¿Qué es lo que estoy escuchando?

ROMÁN:

Todo lo advierto; mas es  
el casarme a mi disgusto  
un tormento tan injusto,  
que me obliga a lo que ves.

Por no hacerlo me ausenté,  
y de lugar en lugar,  
en Deza vine a parar,  
donde este oficio tomé  
por vivir más disfrazado,  
y porque usar lo podía  
como quien filosofía  
y otras ciencias ha estudiado;  
que si bien fue el aprendellas  
entonces curiosidad,  
hoy es ya necesidad  
a este fin valerme de ellas.  
Mudé en Demodolo el nombre  
de don Diego de Guzmán,  
con que mis intentos van  
tan seguros, que no hay hombre  
que pueda saber quién soy.

LEONOR:  
¿Quién tal pensara?

ROMÁN:  
Y tú ves  
que es tan pródigo interés  
el que gano, que si voy  
a este paso, no habrá cuenta  
que lo sume; con que puedo  
lucirme mientras no heredo  
los cinco mil que de renta  
goza mi padre.

LEONOR:  
¡No es nada!  
Luego vi que este doctor  
era noble.

Aparte ROMÁN y el DEMONIO

ROMÁN:  
¿Oye Leonor?

DEMONIO:  
Atenta está y admirada.

ROMÁN:  
Prosigue.

Alza la voz

DEMONIO:

Todo es verdad;  
mas según tendrá deseo  
de hallarte tu padre, creo  
que hiciera a tu voluntad  
de tu esposa la elección.

ROMÁN:

Que no la tengo imagino.  
Preso está, si libre vino  
a Deza mi corazón.  
Si puedo, ha de ser mi esposa  
la que adoro.

LEONOR:

¿Quién será?

DEMONIO:

¿No ves lo mal que te está?  
Que aunque es principal y hermosa  
debes aspirar, señor,  
por tu calidad y hacienda,  
a más soberana prenda.

ROMÁN:

¡Qué poco sabes de amor!  
No hay grandeza que prefiera  
a la que mi pecho adora.

LEONOR:

Mas, ¿si fuese mi señora?  
¡Que dicha tan grande fuera!

DEMONIO:

Pues ¿para qué te atormentas?  
Dile quién eres; que es cierto  
que alcanzarás por concierto  
lo que por amor intentas.

ROMÁN:

¿Cómo quieres que acredite  
con ella esta novedad,  
sin que hacer de la verdad

más probanza solicite?  
Pues haciéndola, es forzoso  
que se publique mi intento,  
y mi padre el casamiento  
me ha de estorbar cuidadoso.  
Fuera de que tanta gloria  
quiero por mí merecer;  
que cuando la da el poder,  
no estima Amor la victoria.

LEONOR:  
No hay más que esperar.

Llégase a los dos

ROMÁN:  
¡Leonor!

LEONOR:  
Doña Aldonza, mi señora,  
a quien ha apretado agora  
el melancólico humor,  
os suplica que al momento,  
la visitéis.

A ROMÁN, al oído

DEMONIO:  
Éstos son  
efectos de su afición,  
aunque disfraza el intento.

ROMÁN:  
Como debe, se apercibe  
a servirla mi cuidado.

Sale TRISTÁN, con un bolsón de dinero

TRISTÁN:  
De mi señor, que obligado  
se te confiesa, recibe,  
señor, estos cien doblones.

ROMÁN:  
Veinte escudos te darán  
el porte de ellos, Tristán.

TRISTÁN:

Desde el sur a los triones  
te canten mil alabanzas  
por cada maravedí;  
que de mi fortuna así  
la primer victoria alcanzas,  
pues no podrá despintarme  
estos escudos que están  
en mi mano.

LEONOR:

Ya, Tristán,  
tienes con qué regalarme.

TRISTÁN:

¿Aun no te has ido? ¡Qué presto,  
porque mi desdicha arguya,  
hallé quien me disminuya  
la ventura! Mas, ¿qué es esto?

Vacía el bolsón, y son cuartos

En cuartos se han convertido  
los doblones. Pues yo fui  
quien los conté, yo los vi;  
mas mi desdicha ha podido  
hacer tal transformación.

ROMÁN:

Yo no creyera este engaño,  
de vos, Tristán.

LEONOR:

¡Caso extraño!  
¿Agora das en ladrón?

TRISTÁN:

¡Bueno está! Voto no a Dios,  
que por mis ojos los vi  
que eran doblones.

ROMÁN:

Así  
atestiguáis contra vos,  
porque si traéis vellón,

y doblones recibistes,  
vos solamente pudistes  
hacer la transformación.  
Volved pues por los doscientos  
escudos antes, Tristán,  
que sepa el señor don Juan  
vuestros bajos, pensamientos.  
(Así quiero que empecéis,  
necio, a sentir el castigo  
de ser tan libre conmigo.)

Aparte

Vase ROMÁN

DEMONIO:

¡Ah, Tristán! ¿Ésas tenéis?

Vase el DEMONIO

LEONOR:

Pensé, Tristán, que tuvieras,  
solos para regalarme,  
veinte escudos; y obligarme  
ahora mejor pudieras  
que los doscientos empuñas;  
mas ya no espero tocarlos;  
que tienes para guardarlos  
poco amor y muchas uñas.

Vase LEONOR

TRISTÁN:

¿Aun eso más? ¿Quién se ha visto  
en un lance tan confuso?  
Mi propia mano los puso  
en el bolso, y voto a Cristo,  
que eran éstos cien doblones  
de oro fino. Algún demonio  
con tan falso testimonio  
me solicita ocasiones  
de desesperar. Yo soy  
quien los conté, yo los vi  
ni estaba borracho allí,  
ni aquí tampoco lo estoy.

Vuelve a vaciar el bolsón, y caen  
escudos

Pero, ¡qué miro! ¿No son  
doblones éstos que toco?  
¡Válgame Dios! ¿Si estoy loco?  
Sí; ¿qué mas información  
que háberlos allá tenido  
por cobre, y por oro aquí?  
Pero lo mismo que a mí  
a todos ha parecido.  
Que me engaño agora creo;  
mas éstos, doblones son.  
No es sueño, no es ilusión;  
que por mis ojos los veo.  
Pues abora, ¿qué he de hacer?  
Que si al doctor se los doy,  
el delito de que estoy  
indiciado han de creer;  
si no se los doy, también.  
¿Quién vio mayor confusión?  
Ya ha quedado por ladrón  
sin culpa un hombre de bien.

Sale don FÉLIX

FÉLIX:

Tristán, ¿qué es eso? Parece  
que estás disgustado. Ahora  
que ha de gozar la que adora  
tu dueño, ¿qué te entristece?

TRISTÁN:

¿Gozar o qué? De su amor  
muy mal sabéis el estado;  
nunca tan desconfiado  
se vio don Juan mi señor.

FÉLIX:

¿Cómo?

TRISTÁN:

Para que lo crea,  
¿no es probanza suficiente  
el mandarle expresamente  
Aldonza que no la vea?  
Mirad cuánto desconfía  
pues han podido obligalle

los celos a que en la calle  
me mande estar en espía  
para averiguar de quién  
ha nacido su mudanza.

FÉLIX:

Nunca más firme esperanza  
tuvo don Juan de su bien,  
si no me quiso engañar.

TRISTÁN:

Industria debió de ser;  
que es treta del mercader  
que está cerca de quebrar  
ostentar más bizarría,  
porque con eso desmienta  
las sospechas; que así aumenta  
el crédito en quien le fía.  
¿No veis los competidores  
que contra sí desperara  
don Juan, si no publicara  
confianzas y favores?

FÉLIX:

Eso no corre conmigo,  
que amigo soy verdadero.

TRISTÁN:

Para este fin el primero  
se ha de engañar el amigo;  
que engañado, como entiende  
no serlo, con mas fervor  
el crédito y el honor  
del que le engañó defiende,  
jurando una falsedad  
sin perjurar; y lo hiciera  
con tibieza si supiera  
que no jura la verdad.  
Demás que los deseosos  
como los sarnosos son.

FÉLIX:

¡Notable comparación!

TRISTÁN:

Siempre dicen los sarnosos,

aunque esté en mayor pujanza  
la sarna, que ya se quita.  
Así en los que solicita  
el amor es la esperanza;  
que consuelan con engaños  
ellos mismos su pasión  
cuando hay mayor comezón  
de celos y desengaños.

FÉLIX:

Yo, Tristán, he sospechado  
que don Juan por excusarme  
la pena que ha de causarme  
con la suya, me ha engañado.

TRISTÁN:

Pienso que has dado en lo cierto.

FÉLIX:

Pues vive Dios, que ha de ser  
doña Aldonza su mujer,  
o verse a mis manos muerto  
quien dio la justa ocasión  
a la mudanza.

TRISTÁN:

Escuchad.  
puies os negó la verdad  
mi señor, será razón,  
ya que yo os la declaré,  
que no lo sepa don Juan.

FÉLIX:

Pues no le digas, Tristán,  
que me has visto.

TRISTÁN:

Así lo haré.

FÉLIX:

(A Aldonza tengo de ver   Aparte  
e inquirir este secreto,  
pues hasta que tenga efeto  
el de don Juan, no he de hacer  
con su hermana el casamiento.  
Quizá podrá mi cuidado

descubrir quién la ha obligado  
a que mude pensamiento.

Vase don FÉLIX

TRISTÁN:

A nuestra tema volvamos.  
¿Qué harémos, Tristán, en esto  
de los dobiones, supuesto  
que la opinión arriesgamos?  
Mas don Juan es el que viene.  
¿Qué puedo hacer? A callar  
me resuelvo hasta pensar  
mejor lo que me conviene.

Sale don JUAN

JUAN:

¿Diste al doctor el dinero,  
Tristan?

TRISTÁN:

(¿Qué diré?) Aparte  
Señor,  
oye. En casa del doctor  
hallé a Leonor.

JUAN:

Lo primero  
de todo, Tristán, me di  
si el dinero recibió.

TRISTÁN:

(Mucho aprieta.) Aparte  
Nunca yo  
Afirmo lo que no vi.  
Iba a llamarle Leonor  
de parte de su señora...

JUAN:

Eso está bien. Dime agora,  
¿diste el dinero al doctor?

TRISTÁN: (Dalle.) Aparte

JUAN:

Responde.

TRISTÁN:

(Ya sé        Aparte  
con lo que me he de excusar.)  
Yéndole, señor, a dar  
los cien doblones, troqué  
el bolso en que los llevaba  
con uno de cuartos mío,  
y fue tal mi desvarío,  
porque de él no me acordaba,  
temiendo que Demodolo  
sospechase mal de mí,  
que avergonzado salí,  
y después, estando solo,  
el bolso de los doblones  
hallé; mas no me he atrevido  
a llevarlos, de corrido,  
hasta que con él me abones.

JUAN:

Llévalos luego; y agora  
dime quién ha paseado  
esta calle o visitado  
a la que mi pecho adora.

TRISTÁN:

Ninguno de quien tu bien  
no se pueda confiar,  
porque solo he visto entrar  
a Félix agora.

JUAN:

¿A quién?

TRISTÁN:

A Félix.

JUAN:

(¡Ah santos cielos!)    Aparte  
¿Hablóte o viote?

TRISTÁN:

Señor,  
ni me habló ni vio.

JUAN:

(¡Ah traidor!

Ved si son vanos mis celos.

Mataréle, aunque ha de hacerme  
su muerte quedar perdido.

Si a Aldonza pierdo ofendido,  
vengado quiero perderme.

Vase don JUAN

TRISTÁN:

¡Con qué pulgas preguntó  
si me habló! Por si de mí  
hubiera sabido aquí

la verdad que él le negó!

¡Mal año! ¡Miren si ha sido  
prevención provechosa!

No hay alhaja más preciosa  
que ser un hombre entendido.

Vase. Salen doña ALDONZA, FÉLIX y  
LEONOR

ALDONZA:

Mal celebra el descontento,

Félix, las fiestas de Amor,

y yo, que de este dolor

Tan afligida me siento,

no es mucho que a la esperanza

de don Juan la ejecución

dilate; que es dilación

la que veis, y no mudanza.

Y si está en darle la mía

en daros su hermana a vos

la mano, pedidle a Dios,

don Félix, mi mejoría.

Sale don JUAN y escucha desde el paño

FÉLIX:

No atribuyáis al dolor

esquiveza semejante;

que el más indispuesto amante

sana gozando su amor.

Aldonza--¡viven los cielos!--

que hace la mudanza en vos

estos efectos.

JUAN:

(¡Por Dios,      Aparte  
que le está pidiendo celos,  
persuadido de mi engaño  
a que me ha vuelto a querer!)

FÉLIX:

Mirad que aunque en la mujer  
no es, señora, caso extraño  
el mudarse, en las que son,  
como lo sois, principales,  
infaman defectos tales  
su nobleza y opinión;  
y habiendo ya vuestros labios  
pronunciado el sí, no es justo  
hacer, por leyes del gusto,  
a las del honor agravios.

ALDONZA:

Ya, Félix, os he afirmado  
que se ha engañado y mentido  
quién ha dicho o entendido  
que mi pecho se ha inundado.

JUAN:

(¿Satisfacciones le das?)      Aparte

ALDONZA:

Con esto podéis dejarme,  
porque no pienso cansarme  
en satisfaceros más.

FÉLIX:

Porque ofende quien porfía,  
os suplico solamente  
que abreviéis, que está pendiente  
de estas bodas mi alegría.

Apártase de doña ALDONZA, y ésta  
se vuelve de espaldas y habla con LEONOR

JUAN:

(Primero venganzas mías      Aparte  
Os darán muerte, traidor.)

Al retirarse don FÉLIX encuentra a don JUAN

FÉLIX:  
¡Don Juan amigo?

Hablan los dos a un lado, y doña ALDONZA con  
LEONOR al otro

ALDONZA:  
Leonor,  
prosigue lo que decías.

FÉLIX:  
¿Llegáis agora?

JUAN:  
Llegué  
en este punto. (El cuidado      Aparte  
que le da si le he escuchado,  
en la pregunta se ve.  
Disimular lo que he oído  
importa; que así aseguro  
la venganza que procuro.)  
¿Quién duda que habréis venido  
a pedir a la que adora  
mi abrasado pensamiento  
que abrevie mi casamiento,  
por llegar al de Teodora  
vos más presto?

FÉLIX:  
Y juntamente  
con eso, le vine a dar  
de que os volviese a estimar  
las gracias.

JUAN:  
(¡Qué diferente      Aparte  
es acusar su mudanza  
de agradecer mi ventura!)

FÉLIX:  
(Pues ocultarme procura      Aparte  
el mal fin de su esperanza,  
no es bien que por entendido

me dé con él de su engaño.)

ALDONZA:

¿Hay suceso más extraño?  
¡Qué gran dicha hubiera sido  
que fuese yo la querida  
de don Diego de Guzmán,  
cuando sus ojos me dan  
con el veneno la vida!  
Decir en la corte oí  
que se ausentó. ¿Quién creyera  
que a darme en Deza viniera  
tan nuevo cuidado a mí?  
Mas a Madrid es razón  
escribir para informarme;  
que no es cordura arrojarme  
con liviana información.  
Y en tanto importa, Leonor,  
este secreto encubrir;  
que el verme le han de impedir  
si saben que no es doctor.

LEONOR:

Cuando por ti no callara,  
lo hiciera porque imagino  
que don Diego es adivino  
y que de mí se vengara.

FÉLIX:

Adiós; que os quiero dejar  
a solas; que los testigos  
son del amor enemigos.  
(No le quiero, avergonzar    Aparte  
con ver de Aldonza el rigor,  
pues él lo encubre de mi.)

Vase

JUAN:

(Sus celos pretende así    Aparte  
disimular el traidor.  
¿Iréme o veréla?  
¡Cielos!  
Aconsejadme en tal pena;  
que su desprecio me enfrena  
cuanto me animan los celos.

Salen ROMÁN y el DEMONIO. Doña ALDONZA  
sigue hablando con LEONOR sin reparar en JUAN ni en los demás

ROMÁN:  
Don Juan, ¿qué hacéis?

JUAN:  
No os espante  
el verme aquí; que al temor  
de Aldonza y de su rigor  
es esta puerta un gigante  
que el paso me impide.

ROMÁN:  
Entrad;  
que quiero ver si en su pecho,  
cierto remedio que he hecho  
causa alguna novedad.

Aparte al DEMONIO

La fealdad has de aumentar  
ahora a don Juan.

DEMONIO:  
Sí, haré.

ROMÁN:  
Quiero que Aldonza le dé  
causa de desesperar.

JUAN:  
No espero que en mi favor  
Aldonza se haya mudado;  
que tengo ya averiguado  
que es don Félix el traidor  
que me ofende.

ROMÁN:  
Ya veréis  
En mi verdad mi deseo.

Adelántanse

ALDONZA:

Don Diego es éste que veo.

LEONOR:  
Y don Juan.

ALDONZA:  
¿Qué me queréis,  
don Juan? Dejadme, por Dios.

Cae desmayada en los brazos de LEONOR

ROMÁN:  
Perdió el sentido.

JUAN:  
¡Ay de mí!

ROMÁN:  
Bien se echa de ver aquí  
que al hechizo contra vos  
la fuerza le han aumentado.

JUAN:  
Es cierto; que el alevoso  
don Félix partió celoso;  
y de mi engaño, obligado,  
porque le dije que ya  
ha vuelto Aldonza a quererme,  
para ganarla y perderme,  
nuevos conjuros hará.

ROMÁN:  
Idos pues, don Juan, de aquí;  
que miéntras presente estéis,  
ni favor alcanzaréis,  
ni Aldonza volverá en sí.

JUAN:  
¿Hay tal desdicha?

ROMÁN:  
Idos presto.

JUAN:  
De vuestra ciencia confío  
que su remedio y el mío

tengo de alcanzar.

ROMÁN:

Supuesto

que de su mudanza loca  
sabéis la ocasión, haced  
vos lo que os toca, y creed  
que haré yo lo que me toca.

JUAN:

A mí me toca el castigo  
de don Félix. El traidor  
muera, pues es el mayor  
enemigo un falso amigo.

Vase. Hablan aparte ROMÁN y el DEMONIO

DEMONIO:

Ya va resuelto a matar  
a don Félix.

ROMÁN:

La ventura  
que pretendo me asegura  
si lo llega a ejecutar.

LEONOR:

Señora, ¿hay pena mayor?  
Señor doctor, ¿qué aguardáis,  
que el remedio no aplicáis  
a este tan mortal dolor?

ROMÁN:

La fuerza te mostraré  
de la medicina agora.  
Déme su mano. ¡Ah, señora!

ALDONZA:

¿Fuése don Juan?

ROMÁN:

Ya se fue.

LEONOR:

¿Cómo te sientes?

ALDONZA:

Mejor  
después que se fue, y después  
que he mirado, como ves,  
que está aquí el señor doctor.

ROMÁN:

Siendo tan en mi favor  
el remedio, no dudéis  
que salud alcanzaréis;  
aunque yo voy sospechando  
que tengo de ir enfermando  
al paso que vos sanéis.

ALDONZA:

¿Hay contagio en el humor  
que causa mi mal?

ROMÁN:

Y tal,  
que sin pegar vuestro mal,  
no sanaréis del dolor.

ALDONZA:

¿Y sentís, señor doctor,  
que os toca la pena mía?

ROMÁN:

Tanto, que apostar podría  
que nunca con tal exceso  
os tocó a vos.

ALDONZA:

Y aun por eso  
siento yo tal mejoría.

ROMÁN:

¿Pensáis pagarme la cura?

ALDONZA:

El alma es premio pequeño.

ROMÁN:

No podréis; que tiene dueño.

ALDONZA:

Así tuviera ventura.

ROMÁN:  
¿Fáltale a tanta hermosura?

ALDONZA:  
¿Qué desventura mayor  
que acrecentarme el dolor  
quien cura la enfermedad?

ROMÁN:  
Si le calláis la verdad,  
no echéis la culpa al doctor.

ALDONZA:  
Dijéralo si pensara  
que estaba en esto mi bien.

ROMÁN:  
¿Pues de quién lo espera quien  
al doctor no se declara?

ALDONZA:  
A mi pesar me repara  
la obligación del recato.

ROMÁN:  
Decid solo cómo os mato  
y os sano, Aldonza.

ALDONZA:  
Mi mal  
curáis como original,  
Y causáis como retrato.  
Enigma es vuestro dolor,  
que mi ciencia desanima.

ALDONZA:  
No os espante si es enigma,  
pues lo es también el doctor.

ROMÁN:  
Mi confusión es mayor.

ALDONZA:  
Entended, pues sois tan sabio,

lo que os encubre mi labio.

ROMÁN:

El atreverme a entender  
el pensamiento es hacer  
al poder del cielo agravio.

ALDONZA:

Pues yo no he de declararme.

ROMÁN:

Pues yo no os he de curar.

ALDONZA:

Aguardad.

ROMÁN:

¿Qué he de aguardar,  
si no quereis confiarme  
vuestros males?

ALDONZA:

Si a sanarme  
os obligáis, no os serán  
ocultos.

ROMÁN:

O no tendrán  
los astros cierto valor.

ALDONZA:

¿Conocéis, señor doctor,  
a don Diego de Guzmán?

LEONOR:

(¡Mal año! ¿Qué ojos le echó   Aparte  
al inocente criado!  
Sin duda que ha sospechado  
que el secreto descubrió.

ALDONZA:

¿Qué dudáis?

ROMÁN:

Aldonza, yo  
soy...

ALDONZA:

¿Vos sois?

ROMÁN:

Soy extranjero,  
digo, y a ese caballero  
no conozco.

ALDONZA:

Toda estoy  
turbada con el "yo soy"  
que pronunciasteis primero;  
que es don Diego de Guzmán  
el que por fama me mata,  
y esa persona retrata  
las señas que de él me dan.

ROMÁN:

¿Tan gallardo y tan galán  
soy, que a parecerme llevo  
al que os causa amor tan ciego?

ALDONZA:

Pues para que otra mas alta  
que yo os estime, ¿qué os falta  
mas a vos que ser don Diego?

ROMÁN:

¡Quién fuera don Diego!

ALDONZA:

¡Bien!  
¡Qué falso estáis!

ROMÁN:

Si yo fuera  
tan venturoso, ¿estuviera  
con vos falso? Aldonza, ¿quién  
no gozara tanto bien  
si fuera don Diego?

ALDONZA:

¿Luego  
sólo eso os falta?

ROMÁN:  
Estoy ciego.

ALDONZA:  
Pues sí no lo vi jamás,  
y le parecéis, ¿hay más  
que fingir que sois don Diego?

ROMÁN:  
Tras tan claro desengaño,  
fingirlo ¿qué me importara?

ALDONZA:  
Tal estoy, que eso bastara  
para remediar mi daño.

ROMÁN:  
Pues si es bastante el engaño,  
que soy don Diego haced cuenta.

ALDONZA:  
Yo estoy con eso contenta.

ROMÁN:  
Y yo muriendo por vos.

ALDONZA:  
Y yo por vos.

LEONOR:  
¡Gloria a Dios,  
que llegamos a la venta!

ROMÁN:  
¿Seré tu esposo?

ALDONZA:  
No doy  
favor a quien no ha de serlo.

ROMÁN:  
¿Cuándo podré merecerlo?

ALDONZA:  
A obligarme empiezas hoy.

ROMÁN:

Sí; mas si en la cumbre estoy  
de tu favor, ¿ya qué resta?

ALDONZA:

Aunque el alma esté dispuesta,  
aun no lo está la ocasión,  
si atiengo a la obligación  
de cuerda, noble y honesta.

ROMÁN:

La dificultad mayor  
en declararse consiste.

ALDONZA:

Haz cuenta, pues, que venciste  
si ya te he dicho mi amor.

Hacen que se van

ROMÁN:

En la esperanza hay temor;  
la posesión asegura.

ALDONZA:

Si has de estimar mi hermosura,  
deseos te ha de costar;  
que alcanzar sin desear  
da desprecio a la ventura.

ROMÁN:

Antes da la brevedad  
al bien calidad mayor.

ALDONZA:

La estimación es menor  
si es mayor la calidad  
demás que a decir verdd,  
es templo la dilación  
de tu vida o mi opinión.

ROMÁN:

¿Qué temes?

ALDONZA:

Lo que dirán,

y los celos de don Juan,  
de quién sabes la pasión.

ROMÁN:

Presto don Juan no será  
importante impedimento.

ALDONZA:

¿Cómo?

ROMÁN:

Porque el sentimiento  
en estado le pondrá,  
si algo sé, que no podrá  
ser digno de tanto bien,  
aunque ablandes tu desdén.

ALDONZA:

Pues con eso seré luego  
tu esposa, si eres don Diego.

ROMÁN:

¿Y si no lo soy?

ALDONZA:

También.

### ACTO TERCERO

Salen don JUAN y TRISTÁN, de noche

TRISTÁN:

Agora te contaré,  
pues ya las transformaciones  
te he dicho de los doblones,  
el remedio de que usé  
contra el encanto que así  
infamarme solicita,

JUAN:

Dilo pues.

TRISTÁN:

De agua bendita  
un vaso, señor, henchí,  
y dentro de ella el dinero  
entregué al doctor, seguro  
de tramoyas, que el conjuro  
contra su virtud es huero.

JUAN:  
¿Qué diabólica legión,  
atenta solo a mis males,  
de los reinos infernales  
conduce al mundo Plutón?

TRISTÁN:  
Todo es encanto, y es tanto,  
que estoy ya flaco de miedo.

JUAN:  
Con esta espada, si puedo,  
he de vencer el encanto.

TRISTÁN:  
Un hombre viene, señor.

JUAN:  
Véte a recoger.

TRISTÁN:  
Sin duda,  
pues que tripulas mi ayuda,  
has creído mi temor;  
mas ¿cuándo Tristán ignora  
tu pecho?

JUAN:  
En teniendo efeto,  
te descubriré el secreto  
que es fuerza callar agora.  
Véte.

TRISTÁN:  
Si has de pelear,  
el obedecerte es justo;  
que en cosas más de mi gusto  
no suelo yo porfiar.

Vase TRISTÁN

Salen ROMÁN y el DEMONIO, de noche y hablan  
los dos aparte

DEMONIO:

Éste es don Juan, que en la calle  
de Aldonza está en centinela;  
pues don Félix se desvela  
con sospechas, engañalle  
tu pretensión dispondrá;  
que la persona fingiendo  
yo de Félix, y saliendo  
de cas de Aldonza, creará  
su agravio.

ROMÁN:

Con eso fío  
que por lo menos de intento  
mudará en su casamiento,  
y dará lugar al mío.

DEMONIO:

No puede hacer la verdad  
más efecto.

ROMÁN:

Hablarle quiero  
para acreditar primero  
su traición y mi amistad.

JUAN:

(Si es Félix, aquí verán   Aparte  
sus traiciones el castigo  
que merece un falso amigo.)  
¡Ah, caballero!

ROMÁN:

¿Es don Juan?

JUAN:

¿Quién lo pregunta?

ROMÁN:

Quien sólo  
os busca para mostraros

cuánto os estima, con daros  
un aviso.

JUAN:  
¿Es Demodolo?

ROMÁN:  
El mismo y porque veáis  
ya mi amistad, ya mi ciencia,  
quise que a mi diligencia  
el desengaño debáis;  
que vuestros ojos verán  
que don Félix está agora  
gozando de la que adora  
vuestro ciego amor, don Juan.

JUAN:  
Qué decís!

ROMÁN:  
No me ha mentido  
quien me lo ha dicho jamás.  
No puedo deciros más;  
y si no me habéis creído,  
aquí pienso acompañaros  
hasta que lo averigüéis,  
y a lo que determinéis,  
si algo os importo, ayudaros.

JUAN:  
Yo estimo el ofrecimiento;  
pero mal os lo pagara  
si conmigo os arriesgara  
en la venganza que intento.  
Solamente me ayudad  
en esto con el secreto.

ROMÁN:  
Como amigo os lo prometo.

JUAN:  
Recogeos pues, y dejad  
lo demás a cargo mío.

ROMÁN:  
Pues solo queréis tomar

venganza, por no agraviar  
vuestro valor, no porfío.

Habla aparte al DEMONIO

Agora es tiempo.

DEMONIO:  
Á cumplir  
parto al punto lo que ordenas.

Vase

ROMÁN:  
(Con esto el fin de mis penas      Aparte  
pienso, Aldonza, conseguir.)

Vase ROMÁN

JUAN:  
¿Es posible que es liviana  
Aldonza, y Félix traidor?  
¿Tanto en él pudo el amor,  
tanto en ella la inhumana  
potestad que la ha hechizado?  
Mas no hay hechizos; bastó  
ser ella mujer, y yo  
un hombre tan desdichado.  
Mas yo, ¿para qué me pierdo  
por una mujer, error  
que juzga por el mayor  
y por sin disculpa el cuerdo?  
Más, aunque de esto me acuerde,  
déme el más cuerdo a entender  
por qué se puede perder  
quien por mujer no se pierde.  
Pero mi enemiga ha abierto  
la puerta, y un hombre ya  
sale; esto es hecho.

Sale el DEMONIO, que ha tomado la forma de don FÉLIX

¿Quién va?

DEMONIO:  
¿Quién lo pregunta?

JUAN:

(Ello es cierto; Aparte  
que su voz no me ha engañado.)  
Traidor, éste es el castigo  
que merece un falso amigo.

Saca la espada, y dale

DEMONIO:

¡Yo soy muerto!

Cae dentro

JUAN:

Y yo vengado.

Vase. Salen LEONOR y doña ALDONZA, acabando de  
leer una carta

LEONOR:

¿Qué te escribe?

ALDONZA:

La probanza  
De mi ya segura gloria.  
Dice que es cierta la historia  
En que fundo mi esperanza.  
Todas las señas, Leonor,  
Con que retrata a don Diego,  
son las que mi pecho ciego  
idolatra en el doctor.

LEONOR:

No tienes ya, según eso,  
qué dudar ni qué temer.

ALDONZA:

Solo temo ya perder  
con tanta ventura el seso.

LEONOR:

Él viene.

ALDONZA:

A solas le harán

mis porfías declararse.  
Véte.

LEONOR:

(Al fin vendrá a quedarse    Aparte  
en el aire el buen don Juan.)

Vase. Sale ROMÁN

ROMÁN:

Ya, Aldonza, no impedirá  
don Juan nuestro pensamiento,  
pues el celoso tormento  
le privó de seso ya.

ALDONZA:

¿Loco está?

ROMÁN:

No os lastiméis.

ALDONZA:

Yo le aborrezco de suerte  
que aun diciéndome su muerte  
lastimarme no podéis.

ROMÁN:

Él, pues, ha dado en decir  
que es Félix, su amigo estrecho,  
el que mudar os ha hecho;  
y que viéndole salir  
de vuestra casa a deshora,  
le dio muerte; y lo ha creído  
d modo, que retraído  
está por el caso agora.

ALDONZA:

¿Luego vive Félix?

ROMÁN:

Vive  
bueno y sano.

ALDONZA:

¿Qué decís?

ROMÁN:

Probar podéis lo que oís,  
si alguna duda recibe.

ALDONZA:

¿Tanto lo ha sentido? Tanto  
pudieron con él los celos?

ROMÁN:

Piedades son de los cielos,  
codolidos de mi llanto.

ALDONZA:

¿Y cómo os va de don Diego?

ROMÁN:

Si con el alma que os doy  
os consuelo cuanto soy,  
¿por qué lo que soy os niego?  
Don Diego soy. Verdad es  
cuanto os han dicho de mí  
y desde la corte aquí  
la estampa de vuestros pies  
vine borrando, señora,  
con mis labios; que ésta fue  
la ocasión por que tomé  
el nombre que finjo agora.  
Quiso mi padre obligarme  
a ser de otra dama esposo,  
y por él me fue forzoso,  
como por vos, ausentarme.  
El temor de la opresión  
de mi padre si me hallara,  
hizo que el nombre mudara;  
y por tener ocasión  
de poderos dar indicio,  
bella Aldonza, de mi amor,  
tomé oficio de doctor,  
que es licencioso este oficio.  
Si ántes os negué quién soy,  
fue porque son enemigos  
del secreto los testigos;  
mas ya que con vos estoy  
a solas, y satisfecho,  
por lo que importa a los dos,  
de que está segura en vos,

la llave os doy de mi pecho.  
Y puesto que la locura  
de don Juan lo facilita,  
vuestro amor, señora, admita  
lo que ofrece la ventura.

ALDONZA:

En mi firme voluntad  
no pongáis duda, señor,  
cuando vos sabéis mi amor,  
y yo vuestra calidad.  
Mas mi mudanza es forzoso  
primero justificar,  
publicando en el lugar  
que don Juan está furioso;  
pues sus deudos y los míos  
se ofendieran de otra suerte,  
y temo que en vuestra muerte  
castiguen mis desvaríos.

ROMÁN:

No temáis; que al mismo instante  
que os merezca, me podré  
declarar; con que seré  
a refrenarlos bastante.  
Mas porque el temor evite  
que su indignación os da,  
para hacerlo, ¿basta  
que don Juan lo solicite?

ALDONZA:

Claro está; mas ¿de qué modo  
le obligaréis?

ROMÁN:

Quered vos;  
que el Amor, señora, es dios;  
su industria lo alcanza todo.

ALDONZA:

Y yo de vuestra prudencia  
mayores empresas fío.  
Disponed de mi albedrío.

ROMÁN:

Parto pues. Dadme licencia;

que cada instante es eterno  
antes de la posesión.

Vase

ALDONZA:  
Los puntos de dilación  
trueco yo a siglos de infierno.  
Si es verdad, dichosa he sido.  
¡Leonor!

Sale LEONOR

LEONOR:  
¿Qué me mandas?

ALDONZA:  
Parte  
al punto a certificarte  
si está don Juan retraído.

LEONOR:  
¿Retraído? Pues, ¿qué exceso  
tan grave pudo emprender  
que le obligue a retraer?

ALDONZA:  
Dicen que ha perdido el seso  
de celos; y da en decir  
que ha muerto a Félix, su amigo,  
porque de verse conmigo  
anoche le vio salir.

LEONOR:  
¿Matóle?

ALDONZA:  
Falsa es la muerte  
como la causa lo fue.  
Haz lo que te digo.

LEONOR:  
Iré  
con alas a obedecerte.

Vanse. Sale un DEMONIO, en figura y traje de sacristán, con

unos panecillos y una bota de vino

TRISTÁN:

Saber quisiera, sacristán divino,  
pues de esta iglesia sois el inquilino,  
si hay en ella fantasmas y visiones  
que a golpes, bofetadas, pescozones  
los retraídos huéspedes regalen?

DEMONIO:

Pues, ¿qué os ha sucedido?

TRISTÁN:

Toda la santa noche me han molido,

DEMONIO:

(Castigos son que da a tu a trevimiento,      Aparte  
Román, de quien yo soy el instrumento  
en la visible forma que he tomado  
de sus mágicas artes obligado.)  
Yo no sentí jamás tales asombros.  
El miedo os fingirá espíritus malos.

Mete en un arca el pan y vino, y échale la llave

TRISTÁN:

El miedo asombros da, pero no palos.  
Mas, ¿qué es lo que guardáis

DEMONIO:

Es pan y vino  
de una ofrenda.

TRISTÁN:

A extremado tiempo vino,  
si queréis convidarme.

DEMONIO:

Esto es del cura.

TRISTÁN:

Nunca de vuestra mala catadura  
esperé yo más virtuoso oficio.

DEMONIO:

Ser de lo ajeno liberal, es vicio.

Vase y hace caediza la llave

TRISTÁN:

¿Engañome o cayósele la llave?

Alza la llave

Sí. De su cortedad he de vengarme.  
Mas ¿si vuelve? ¿Qué importa? ¿Ha de matarme?  
Pues de la bota soy amante ciego,  
Un chupón le he de hacer, y suplir luego  
con agua el hurto, y no seré el primero  
que achaca su delito al tabernero.  
Abrid quedo, Tristán, porque el rüido  
no descubra el delito; que andaremos  
al morro el sacristán y el retraído.

Abre el arca, y aparece un difunto; deja TRISTÁN caer la tapa  
y ciérase el arca

¿Qué es esto? ¡Verbum caro! ¡Anima Christi!  
El arca en ataúd se ha convertido,  
y con el vino el muerto ha revivido.

Sale el DEMONIO, de sacristán

DEMONIO:

¿Qué es aquesto, Tristán? ¡Oh qué mal hueles!

TRISTÁN:

Informan de mi miedo esos papeles.

DEMONIO:

ues, ¿de qué le has tenido?

TRISTÁN:

En este punto  
esa arca abrió un difunto,  
y en ella se ha escondido.  
La hora es ésta que el vino se ha bebido.

DEMONIO:

Mal la disculpa de tu error trazaste.  
Cayóseme la llave, y tú la hallaste,  
y al muerto tu delito has imputado.

TRISTÁN:

Por estos ojos el difunto he visto  
dentro del arca, voto a Jesucristo.

DEMONIO:

No jures; que me ofendes con nombrarle.

TRISTÁN:

Perdona. (El sacristán es un bendito.)    Aparte

DEMONIO:

Quiérote convencer de tu delito.

Abre el arca, y no hay en ella más que el pan y el vino

¿Qué es del cadáver? ¿Ves tus invenciones?

TRISTÁN:

¿Qué me queréis, fantasmas y visiones?

DEMONIO:

Basta, Tristán. Yo quiero convidarte,  
porque sin duda estás necesitado,  
pues hurtar intentabas en sagrado.

Saca el pan y el vino

TRISTÁN:

El cielo te lo pague; que el desvelo  
desde que media noche era por filo,  
me tiene, como dicen, en un hilo.

DEMONIO:

Desayúnate pues.

El pan se vuelve en ceniza, y el vino en tinta

TRISTÁN:

¡Jesús mil veces!

DEMONIO:

Calla ese nombre.

TRISTÁN:

¡Ah, perro! ¿Lo aborreces?

Pues mil veces Jesús.

Huye el DEMONIO. Sale LEONOR, con manto

LEONOR:

Tristán, ¿qué es esto?

TRISTÁN:

¡Que no me valga a mí, por desdichado,  
contra los diablos el lugar sagrado!

LEONOR:

¿Qué tienes?

TRISTÁN:

¡Ay Leonor! Dos mil demonios  
esta noche, que he estado retraído  
por la muerte de Félix, me han curtido,  
y agora un sacristán, o yo estoy ciego,  
o se ha desaparecido echando fuego.

LEONOR:

Ya conozco, Tristán, tus invenciones  
desde aquel cuento de los cien doblones.

TRISTÁN:

¿Hay más desdicha? ¡Que en sucesos tales  
aún no merezcan crédito mis males!

LEONOR:

Dejemos eso, y dime. Al fin ¿es cierto  
que don Juan se retrajo porque ha muerto  
a Félix?

TRISTÁN:

De eso puedo yo informarte,  
como quien tuve en ello tanta parte.

LEONOR:

Di cómo.

TRISTÁN:

Mi señor, para matarle,  
no quiso que yo fuese a acompañarle  
mas como soy fiel, le fui siguiendo,  
y quedéme a cien pasos tras la esquina

de la calle en que tuvo la mohina.  
Salió don Félix de tu casa, cierra  
don Juan con él, abrázanse y en tierra  
dieron los dos, mas mi señor debajo.  
Yo, que puesto le miro en tal trabajo  
desde la esquina donde estaba tiro  
la daga a Félix... Yo propio me admiro;  
pues estando abrazados, sin que un pelo  
a mi señor cortase mi destreza,  
le di a Félix con ella en la cabeza,  
y como peje rey quedó ensartado  
por las sienas, del uno al otro lado.

LEONOR:  
¡Temerario mentir!

TRISTÁN:  
Si por ventura  
sospechas que te engaño,  
ves allí a mi señor.

LEONOR:  
(¿Hay tal locura? Aparte  
Sin duda son hechizos que le han dado,  
como a Aldonza, a don Juan y a su criado.)  
Quédate a Diós, Tristán; que no venía  
a saber otra cosa.

Vase LEONOR

TRISTÁN:  
Leonor mía,  
aguarda. ¿Así te vas?

Al irse LEONOR, le tira TRISTÁN del manto, y ella al entrar  
descubre en las espaldas un figurón, cayéndosele el manto

¡Otra tenemos!  
¡San Jorge! ¡Qué visión!

Salen don JUAN y don PEDRO

JUAN:  
Tristán, ¿qué tienes?

TRISTÁN:

Temblando estoy. ¿No dicen que en la iglesia no puede entrar el diablo?

PEDRO:

Son consejas  
de ignorantes, de niños y de viejas.

TRISTÁN:

Pues como ahora con vosotros hablo  
he hablado cara a cara con el diablo.

JUAN:

Siempre el temor te forma esas visiones.

TRISTÁN:

Vive Dios, que es verdad.

JUAN:

Deja invenciones;  
que no es tiempo de gracias.

TRISTÁN:

En efeto,  
quiero callar; que no será discreto  
el que contare cosas que no espere  
que las ha de creer quien las oyere.

PEDRO:

Proseguid vuestro suceso.

JUAN:

Sabiendo al fin, como os digo,  
la traición de tal amigo,  
perdi de cólera el seso;  
y siendo esta noche espía  
vigilante con los celos,  
cuando estrellas a los cielos  
y sueño al mundo esparcía,  
de casa de Aldonza vi  
que mi enemigo salió.  
Habléle, y me respondió,  
y en la voz reconocí  
ser Félix; y despechado  
con la ofensa, le maté;  
y aunque perdido quedé,  
quedé, en efecto, vengado.

TRISTÁN:

Venimos a retraernos  
luego a este iglesia, y barrunto  
que en venganza del difunto  
se han soltado los infiernos.  
Y como nunca ha sabido  
el demonio hacer justicia,  
castiga en mí su malicia  
lo que yo no he delinquido.

PEDRO:

¡Estáis cierto en que murió  
Félix allí? Que hasta ahora  
ni lo ha sabido Teodora,  
ni la fama divulgó  
en el lugar nuevas tales.

JUAN:

Por no dudarlo, le di,  
después que muerto le vi,  
mil estocadas mortales.

Sale don FÉLIX, hablando con un CRIADO

PEDRO:

¿No es don Félix el que llega  
a la iglesia?

JUAN:

¿Desvarió  
o sueño?

TRISTÁN:

Él es. Amo mío,  
¿a mí también me la pega?

PEDRO:

Qué es esto, don Juan?

JUAN:

No sé.

TRISTÁN:

O hay otro Simón en Troya,  
o éste es Félix de tramoya,

o el que mataste lo fue...

JUAN:

¿Quién se ha visto tan confuso  
como yo?

TRISTÁN:

O él, de gallina,  
te dió con la mortecina,  
o tú eres valiente al uso  
de estos que con invenciones  
se suelen acreditar.

JUAN:

La vida me han de acabar  
tan terribles confusiones.  
Mas si es tan grande hechicero  
que el seso a Aldonza quitó,  
¿quién duda que se libró  
por encanto de mi acero?

Al Criado

FÉLIX:

Esto has de hacer con cuidado.

CRIADO: Siempre con él te serví.

Vase

TRISTÁN:

¿Qué habemos de hacer aquí;  
que llega el resucitado?

FÉLIX:

Don Juan, por haber sabido  
de vuestra hermana Teodora,  
yendo a buscaros agora  
que estábades retraído,  
vengo celoso, por Dios,  
de no haber participado  
del caso, y haberme hallado,  
si sois mi amigo, con vos  
en el suceso que pudo  
causar esta novedad.

JUAN:  
(¡Que así me finja amistad!)      Aparte

FÉLIX:  
¿Cómo, don Juan, estáis mudo  
y recatado conmigo?

JUAN:  
(¿Qué es esto cielos? ¿Qué haré? Aparte  
Si anoche me declaré  
por su mortal enemigo,  
si me di por ofendido  
cuando salió de agraviarme,  
y él lo vio, ¿cómo he de darme  
aquí por desentendido?)

FÉLIX:  
Colijiendo voy cuán poco  
de mi amistad confiáis,  
pues la respuesta dudáis.

PEDRO:  
(Don Juan sin duda está loco,      Aparte  
o es Félix Ulises griego  
en engañar y fingir.)

Aparte a don JUAN

TRISTÁN:  
Señor, ¿cómo has de salir  
de laberinto tan ciego?

JUAN:  
(Ya el ingenio me ha ofrecido      Aparte  
una importante invención.  
Yo he de acusar su traición  
sin darme por entendido.)  
De verme tan recatado,  
don Félix, no os espantéis;  
que en el suceso veréis  
si con causa lo he callado.  
Yo supe que cierto amigo  
fingido, traidor, infiel,  
profesando yo con él  
la amistad que vos conmigo,  
me ofende en la pretensión

de Aldonza. Vile salir  
anoche de conseguir  
por dicha la posesión.  
Yo, que de agraviado estoy  
loco, desnudé la espada,  
y a la primer estocada  
cae diciendo, "¡Muerto soy!"  
Pero yo, aun no satisfecho,  
aunque muerto le juzgué,  
abrirle al alma intenté  
muchas puertas en el pecbo.  
Vine a retraerme al punto  
a este templo, y he sabido  
agora que ni aun herido  
está cuanto más difunto;  
que se libró de mi acero  
por hechizos; que el traidor  
tiene más de encantador  
que de honor de caballero,  
y muerto se me fingió  
de temeroso y cobarde,  
..... [-arde;]  
y aunque entonces me engañó,  
no presuma el hechicero  
no ser vencido jamás;  
que alguna vez podrá más  
que sus conjuros mi acero.  
(Bien se lo he dado a entender.)      Aparte  
FÉLIX:      El ha sido caso extraño;  
mas el autor de ese engaño  
quisiera, don Juan, saber,  
si fiáis de mi amistad;  
que sabré morir por vos.

JUAN:  
(¿Hay tal fingir? ¡Vive Dios      Aparte  
que es la misma fálsead!)  
Don Féiix, solo os podré  
decir, pues me preguntáis  
quién es, que si lo ignoráis  
vos tampoco lo sé;  
y adiós que los dos tenemos  
un negocio que tratar.

FÉLIX:  
Adiós. (¿En qué han de parar      Aparte

estos confusos extremos?)

Vase don FÉLIX

JUAN:

Sin seso voy de corrido.

PEDRO:

Y yo lo voy de admirado.

TRISTÁN:

O el demonio se ha soltado,  
o mi amo ha enloquecido.

Vanse los tres. Salen ROMÁN y el DEMONIO

ROMÁN:

En habiéndole propuesto  
que de la injusta mudanza  
de Aldonza tome venganza  
con la ficción que he dispuesto,  
ponle en la imaginación  
que yo la persona sea  
que lo finja, si desea  
ver de ello la ejecución.

DEMONIO:

Poco satisfecho estás  
de que penetro tu intento.  
Proponle tu pensamiento,  
y déjame lo demás;  
que fuera de eso, de modo  
sus sentidos turbaré,  
que entero crédito dé  
y consentimiento a todo.  
Él viene.

Sale don JUAN

JUAN:

Doctor amigo,  
loco estoy.

ROMÁN:

Tenéis razón.  
Ya sé, don Juan, la ocasión,

pues de su justo castigo  
por encanto se ha librado  
Félix.

JUAN:

Vos me aconsejad,  
pues que de vuestra amistad  
y saber me he confiado.

ROMÁN:

Don Juan, vuestro mal con vos  
no puede más que conmigo,  
después que la ley de amigo  
hizo un alma de las dos;  
y así, quiero en este intento  
lo que importa aconsejaros,  
y hasta morir ayudaros.

JUAN:

Decid, pues.

ROMÁN

Estadme atento.

Para lograr vuestro amor,  
busquemos un forastero  
no conocido, que sea  
pobre y de vil nacimiento,  
y dando a entender a Aldonza  
y a sus deudos que es don Diego,  
de que inducirá testigos  
mi industria y vuestro dinero,  
sin daros por entendido  
del agravio que es ha hecho  
con don Félix, le decid  
que ya que vuestros deseos  
desprecia, vos por mostrarle  
que es vuestro amor verdadero,  
en cambio de sus ofensas  
solicitáis sus aumentos.  
siendo un pródigo interés  
de este delito el tercero,  
con él habéis de tratar  
que en el obscuro silencio  
de la noche de sus bodas,  
en cambio de él, vos el lecho

de doña Aldonza ocupéis.  
Después de gozarla, el truco  
desharéis, y él otro día  
se ausentará porque el riesgo  
de ser descubierto evite.  
Mataréis a Félix luego;  
que yo me obligo a trazarlo.  
Descubriráse el enredo,  
quedará burlada Aldonza,  
cumplido vuestro deseo,  
vuestro ofensor castigado,  
y vos vengado y contento  
o perderéis por todo,  
ya que resolvéis perderos.

JUAN:

Pues, Demodolo, vos sois  
de cuya amistad e ingenio  
la ejecución de este caso  
fiar solamente puedo.  
Forastero sois, y en Deza  
no conocido, y no espero  
que como vos pueda alguno  
acreditar que es don Diego;  
que con tan bizarras partes,  
ya del alma, ya del cuerpo,  
para serlo solo os falta  
el nombre de caballero.

ROMÁN:

(Ya me ruega con su dama.      Aparte  
Agora he de hacer que él mismo  
me lo pague.

JUAN:

Demodolo  
¿dudáis?

ROMÁN:

No penséis que el riesgo  
me acobarda, ni el perder  
las riquezas de este pueblo;  
que lo que a dudar me obliga  
es solo haber de perderos,  
siendo forzoso ausentarme.

JUAN:

No perderéis; que supuesto  
que mis delitos también  
me han de obligar a lo mismo,  
adonde quiera que vais  
acompañaros prometo.

ROMÁN:

Con eso me determino,  
y luego a trazar comienzo  
invenciones con que entiendan  
en Deza que soy don Diego.

JUAN:

Yo a juntar voy, para daros,  
cuantas riquezas poseo,  
y a tratar con mi enemiga  
el fingido casamiento.

Vase

ROMÁN:

Aldonza me dé la mano  
que con sus engaños mismos  
a de engañarse don Juan.  
Pues ha publicido el pueblo  
que soy don Diego, han de darme  
su cautela y su dinero  
y mis artes fuertes armas  
contra él mismo; y porque el riesgo  
huya mejor, con hechizos  
le he de hacer que pierda el seso,  
y la vida si me importa.  
Pues que me ayuda el infierno  
gozaré de Aldonza bella;  
y antes que descubra el tiempo  
mi delito, ausentaréme,  
pues por la mágica puedo  
penetrar en breves horas  
los más apartados reinos;  
con Aldonza si me agrada,  
sin ella si la aborrezco;  
que no siempre son iguales  
las pasiones y el deseo.  
Y a lo menos rico iré  
a tan remoto hemisferio,

que no siendo conocido,  
viva alegre y sin recelo  
de castigos ni venganzas.  
Bien lo trazáis, pensamiento,  
si piadosa la Fortuna  
facilita los sucesos.

Vase. Salen don JUAN, doña ALDONZA, TRISTÁN  
y LEONOR

JUAN:

Hermosa Aldonza, esto he hecho  
por mostrar, cuando a venganzas  
me obligan vuestras mudanzas,  
que atiendo a vuestro provecho.  
Y porque ninguno en Deza,  
cuando no os merezco yo,  
blasone que os mereció,  
goce de vuestra belleza  
don Diego, que es forastero,  
y os merece, y no me ofende,  
pues vengo en lo que él pretende  
a ser yo mismo el tercero.  
Á la corte iréis, y así  
aplacaré mis enojos  
con no tener a los ojos  
la ventura que perdí.

Aparte a don JUAN

TRISTÁN:

No te empeñes; que estás ciego,  
Y es de veras el doctor  
don Diego.

JUAN:

¡Qué loco error!

TRISTÁN:

Me quemén si no es don Diego.

JUAN:

Lo que obra el enredo es todo  
traza del doctor y mía.

TRISTÁN:

Tú pagarás tu porfía  
cuando estés puesto de lodo.

ALDONZA:  
¿Qué es lo que os dice Tristán?

JUAN:  
Viene, señora, admirado  
de que el doctor disfrazado  
es don Diego de Guzmán.  
Dilo; que ya no es secreto,  
y en eso me fundo yo.

TRISTÁN:  
(Estoy por decir que no,      Aparte  
para impedirle el efeto.)

ALDONZA:  
(Ya lo entiendo. Concertado      Aparte  
viene a la invención Tristán.  
Piensa engañarme don Juan,  
y es él solo el engañado.)  
Ya que la suerte, a los dos  
contraria, don Juan, en esto  
de manera lo ha dispuesto  
que no os dé la mano a vos,  
daros gusto en eso es justo,  
por mostrar que si no hubiera  
inconveniente, os la diera  
quien la da por vuestro gusto,  
asegurándome vos  
que es don Diego.

JUAN:  
Por mi cuenta  
correrá, Aldonza, la afrenta  
y venganza de los dos.  
Cuanto más que si yo soy  
don Juan, él don Diego.

TRISTÁN:  
¡Y cómo!

JUAN:  
Y ya digo que lo tomo  
yo por mi cuenta.

ALDONZA:

Y yo estoy  
contenta con eso, y quiero  
casarme, aunque no lo fuera.

JUAN:

(Como una simple cordera      Aparte  
da la garganta al acero.)

LEONOR:

(¡Qué alegre está y engañado!)      Aparte

Aparte a TRISTÁN

JUAN:

Parte a llamar al doctor.

TRISTÁN:

Que te despeñas, señor.

JUAN:

¿Quieres no ser porfiado?

TRISTÁN:

Que es don Diego.

JUAN:

Pues don Diego,  
Quiero que la mano dé  
a Aldonza.

TRISTÁN:

Con eso iré.

Vase TRISTÁN

JUAN:

Advierte que venga luego;  
que importa la brevedad,  
Aldonza; que publicado  
que es don Diego, en lo tratado  
temo alguna novedad  
por la mucha diligencia  
de su padre.

ALDONZA:  
El sí fue mío,  
y ponga vuestro albedrío  
lo demás.

JUAN:  
(¡Con qué inocencia Aparte  
va admitiendo mi venganza!)

Aparte a doña ALDONZA

LEONOR:  
¿Viste enredo más extraño?  
Él se engaña con su engaño,  
y tu cumples tu esperanza.

Hablan las dos aparte. Sale don FÉLIX

FÉLIX:  
Don Juan, amigo...

JUAN:  
(¡Ay de mí! Aparte  
¿Si viene a estorbar mi intento?)

FÉLIX:  
Si es fin de vuestro tormento,  
tendré el hallaros aquí  
a gran dicha.

JUAN:  
(Su intención Aparte  
entiendo.)

FÉLIX:  
Mas escuchad,  
don Juan, una novedad  
que os causará admiración.

JUAN:  
¿Y es?

FÉLIX:  
Que el doctor es don Diego  
de Guzmán.

JUAN:  
Más ha de un día,  
Félix, que yo lo sabía.

FÉLIX:  
Dicen más, que el amor ciego  
de Aldonza le trajo a Deza,  
de la corte.

JUAN:  
También sé  
esa verdad.

FÉLIX:  
Pues él fue,  
sin duda, quien su belleza  
mudable con vos ha hecho;  
y es bien que sienta el castigo,  
si vos queréis.

JUAN:  
(¡Ah enemigo!      Aparte  
Celos te abrasen el pecho.)  
Ya la venganza prevengo.

FÉLIX:  
Él viene.

Salen don PEDRO, ROMÁN, el DEMONIO y  
TRISTÁN

ROMÁN:  
Haberme llamado  
don Juan con tanto cuidado,  
por buen pronóstico tengo  
de la ventura que espero.

JUAN:  
Aldonza, informada ya  
de los méritos que os da  
el ser tan gran caballero,  
premia vuestras penas hoy.  
Solo aguarda vuestra mano.

ROMÁN:  
¿Quién no envidia el bien que gano?

La mano y el alma os doy  
si puedo a tal posesión  
llegar sin perder el seso.

Cuando va a dar la mano, entran dos FAMILIARES del Santo Oficio,  
con la insignia en el pecho, y estórbanlo y  
préndenlo

FAMILIAR 1:  
Román Ramírez, sed preso  
por la Santa Inquisición.

TRISTÁN:  
¿No lo dije yo?

ALDONZA:  
Román  
es éste?

FAMILIAR 1:  
El mismo que veis.

ROMÁN:  
¡Ay de mi!

ALDONZA:  
Ved lo que hacéis;  
que es don Diego de Guzmán.

FAMILIAR 2:  
¿Qué don Diego?

Aparte a ROMÁN

DEMONIO:  
Mi furor,  
Román, no os puede valer.  
Aquí dio fin mi poder  
porque el del cielo es mayor.

Vase

ROMÁN:  
(¡Ah infiernos! ¿Cómo el concierto Aparte  
vuestro no me favorece?)

ALDONZA:

¡Válgame el cielo! Parece  
que de un gran sueño despierto.  
Otro que me pareció,  
me parece.

JUAN:

¡Yo estoy loco!

FAMILIAR 2:

Éste es Román, el que ha poco  
que en Toledo castigó,  
porque la ley sarracena  
guardaba la Inquisición;  
que es morisco de nación.

ROMÁN:

(¡Ah falso infierno! La pena      Aparte  
pago de mi desatino.)

TRISTÁN:

Agora caigo en la cuenta.  
Éste es el que vi en la venta  
mirar de mal al tocino.

FAMILIAR 1:

Andad, qué aguardáis, Román?

ROMÁN:

No por ser de ley extraña,  
menos que a vos me acompaña  
la ley natural, don Juan.  
Obligado estoy por ella  
a pagar tanta amistad.  
Ya que la pierdo, gozad  
sin temor de Aldonza bella;  
que ni es Félix falso amigo,  
ni jamás os ofendió.  
Engaños son que trazó  
la fuerza de amor conmigo.  
Con hechizos procuraba  
el soberano sujeto  
de Aldonza; mas en efeto,  
quien mal anda en mal acaba.

Vanse con él los FAMILIARES

TRISTÁN:

Allá vayas, hechicero,  
donde me dejes vengado.

LEONOR:

Todo se ha desfigurado  
del que pareció primero.

ALDONZA:

Dadme la mano, don Juan,  
pues soy la misma que fui,  
y vos sois ya para mí  
tan gallardo y tan galán  
como lo fuisteis primero  
que nos mudase el encanto,  
pudiendo en nosotros tanto  
los artes de este hechicero.

JUAN:

Pues quedo tan satisfecho,  
bella Aldonza, vuestro soy,  
y a Félix los brazos doy.  
[como, al fin, amigo estrecho.]  
.....[Leonor]  
.....[casados]

TRISTÁN:

Aunque van salpimentados  
con casamiento, mi amor  
lo estima, y tu mano espera.

LEONOR:

Bien lo debo a tu afición.

JUAN:

Y aquí, pidiendo perdón,  
da fin esta verdadera  
historia, que sucedió  
año de mil y seiscientos.  
En sus rebeldes intentos,  
preso en Toledo murió  
Ramírez, y relajado  
en su estatua, por su ciego  
delito pagó en el fuego  
el cadáver su pecado;

llevando, pues se fiaba  
de injustos medios Román,  
el castigo del refrán  
quien mal anda en mal acaba.

FIN DE LA COMEDIA